

RUIZ DE ALARCÓN Y MENDOZA, JUAN (Ca. 1581-1639)

*MUDARSE POR MEJORARSE*

PERSONAS que hablan en ella:

Don GARCÍA, galán  
El MARQUÉS, galán  
Don FÉLIX, galán  
OTAVIO, galán  
Doña LEONOR, dama  
MENCÍA, criada  
REDONDO, gracioso  
RICARDO, gracioso  
FIGUEROA, escudero  
Un CRIADO  
CLARA, viuda  
Dos MOZOS de silla

ACTO PRIMERO

Salen don GARCÍA y don FÉLIX

FÉLIX:  
¿Llegó la sobrina en fin?

GARCÍA:  
En fin llegó la sobrina,  
llegó una mujer divina,  
un humano serafín.

FÉLIX:  
¿Mas que hay nuevos sentimientos?

GARCÍA:  
Apenas, Félix, la vi,  
cuando posesión le di  
de todos mis pensamientos.

FÉLIX:

¿Y la tía? ¿Qué? ¿Hay mudanza?

GARCÍA:

Su justo castigo tiene.  
Quien el daño no previene,  
acuse su confianza.  
De sí mismo esté quejoso,  
cuando vierta sangre herido,  
quien la espada inadvertido  
puso en manos del furioso.  
Si ser amada procura  
Clara, si por mí se abrasa,  
¿para qué trajo a su casa  
tan soberana hermosura?  
Si en la noche tenebrosa  
sola en el cielo Diana  
sus cabellos tiende ufana,  
parece su luz hermosa;  
mas luego que resplandece  
del sol el claro arrebol,  
entre los rayos del sol  
sepultada se obscurece.  
Antes de ver a Leonor,  
confieso que de su tía  
daba luz al alma mía  
el divino resplandor;  
mas, Félix, después de vella,  
Clara me ha de perdonar;  
que era locura dejar  
tanto sol por una estrella.

FÉLIX:

¿No es hermosa doña Clara?

GARCÍA:

¿Nunca la vistes?

FÉLIX:

Jamás.

GARCÍA:

A no serlo Leonor más,  
el cetro sola gozará.

FÉLIX:

¡Infamaremos después  
de mudables las mujeres!

GARCÍA:

El mudar los pareceres  
con causa, de sabios es.  
La mudanza es liviandad  
cuando, sin nuevo accidente,  
le da causa solamente  
la propia facilidad.

FÉLIX:

Y al fin, ¿en qué estado está  
el recién nacido amor?

GARCÍA:

Aun no le he dicho a Leonor  
el cuidado que me da;  
aunque si bastó el hablalla  
con las lenguas de los ojos,  
bien le dije mis enojos  
con el modo de miralla.  
Y si no es que me engañó  
la fuerza de mi deseo,  
según me miró, yo creo  
que mi cuidado entendió

FÉLIX:

Tarde remediar podréis  
ese fuego que os abrasa,  
puesto que dentro de casa  
el enemigo tenéis;  
que habiendo de estar al lado  
de doña Clara, Leonor,  
¿cuándo podrá vuestro amor  
dalle a entender su cuidado?  
Y ya que para decir  
vuestra pena halléis lugar,  
¿cómo la habéis de obligar?  
¿Cuándo la habéis de servir?  
¿No os ha de entender su tía  
la más oculta cautela,  
si enamorada recela,  
y si recelosa espía?

GARCÍA:

El ánimo no me quita  
la dificultad mayor;  
que un determinado amor  
imposibles facilita.  
¡Ojalá Leonor me quiera!  
Que si mi afición la obliga  
la misma nuestra enemiga  
ha de ser nuestra tercera;  
que si Clara con su amor  
me da licencia de vella,  
será el visitarla a ella  
medio de ver a Leonor.  
Y es forzoso que suceda,  
o por arte o por fortuna,  
que de mil veces, alguna  
a solas hablarla pueda.  
Y vos me habéis de ayudar  
en una traza que intento.

FÉLIX:

Ley es vuestro pensamiento  
que me obligo a ejecutar.

GARCÍA:

A Clara habéis de servir.

FÉLIX:

¿Para qué fin?

GARCÍA:

De mi amor  
con tan gran competidor  
la pretendo divertir;  
que repartida y atenta  
a diversas aficiones,  
me dará más ocasiones  
de hablar a quien me atormenta;  
que son ardides de Marte  
divertir y enflaquecer  
al contrario, con hacer  
darle guerra de otra parte.

FÉLIX:

Sutil imaginación;  
mas poco importante agora,

porque si Clara os adora,  
¿qué sirve mi pretensión?

GARCÍA:

Félix, cuando no mudéis  
su pensamiento amoroso,  
por lo menos, ¿no es forzoso  
que a resistir la obliguéis?

FÉLIX:

Sí.

GARCÍA:

Pues mi intento consigo;  
porque puesta entre los dos,  
mientras riñere con vos,  
dejará de hablar conmigo,  
y yo entre tanto podré  
hablar a mi prenda cara.  
Demás de que viendo Clara  
que me guardáis poca fe,  
a truco de que no advierta  
yo a lo que los dos habláis,  
mientras de amor la tratáis,  
se holgará que me divierta,  
hablando a doña Leonor.

FÉLIX:

Trocará un daño a otro daño.

GARCÍA:

Y para dar a este engaño  
mayor fuerza y más valor,  
fingiréis...

Hablan en secreto. Sale REDONDO y habla a don GARCÍA

REDONDO:

Si la ocasión  
nunca vuelve que se pasa,  
señor, sola quede en casa  
el dueño de tu afición;  
que en este punto su tía  
en su coche sola fue.

GARCÍA:

Félix, después os veré.

FÉLIX:

Yo os buscaré, don García.

Vanse. Salen doña LEONOR y MENCÍA

LEONOR:

Dime lo que te ha pasado  
con el criado, Mencía.

MENCÍA:

Memorias de don García  
pienso que te dan cuidado.

LEONOR:

Si he de decirte verdad,  
este cuidado que ves,  
aún no determino si es  
amor o curiosidad;  
que es cuidado sólo sé.  
Di ¿Qué te ha dicho, Mencía?

MENCÍA:

De su dueño y de tu tía  
toda la plática fue.  
Contóme que su señor,  
de tu tía enamorado...

LEONOR:

Detente; que mi cuidado  
ya conozco que es amor.

MENCÍA:

Pues ¿en qué?

LEONOR:

Apenas de ti  
escuché que de mi tía  
es amante don García,  
cuando en el alma sentí  
un envidioso dolor  
y una celosa fatiga.  
Y los celos son, amiga,  
humo del fuego de amor.

MENCÍA:

De esa suerte, el desengaño  
será provechoso agora,  
porque al principio, señora,  
mejor se remedia el daño.

LEONOR:

Prosigue pues.

MENCÍA:

Todo para,  
porque abrevie tu dolor,  
en que se tienen amor  
don García y doña Clara.

LEONOR:

¡Mal haya!...

MENCÍA:

Señora mía,  
¿es ésta tu condición?  
Tu indomable corazón,  
¿es el mismo que solía?

LEONOR:

Déjame.

MENCÍA:

Todo se muda.  
En un punto te agradó,  
y otro en muchos años no.  
Más vale a quien Dios ayuda.  
Mas, señora, don García.

Salen don GARCÍA y REDONDO

GARCÍA:

La criada me entretén.

REDONDO:

¡Ojalá estribe tu bien  
en deslumbrar a Mencía!

GARCÍA:

Si es cierto que el mal o el bien  
al rostro sale, señora,

excusado será agora,  
cuando en vos mis ojos ven  
tanta hermosura, pediros  
que de decirme os sirváis  
¿Cómo en la corte os halláis?

LEONOR:  
Buena estoy para serviros.  
Mas, señor...

Don GARCÍA y doña LEONOR hablan aparte

REDONDO:  
Oye, Mencía.  
¿Qué te parece Madrid?

LEONOR:  
Perdonadme, y advertid  
que no está en casa mi tía.

GARCÍA:  
Eso os debiera advertir  
la ocasión con que ha venido  
quien ha buscado advertido  
esta ocasión de venir.  
No ha sido, señora, acaso;  
que a buscar viene mi amor  
remedio en vuestro favor  
del volcán en que me abraso.

LEONOR:  
(¡Qué desdicha! Con mi tía *Aparte*  
quiere que tercie por él.)  
Si doña Clara es crüel,  
yérralo por vida mía.  
Mas para seros tercera,  
ni soy vieja ni soy sabia.

GARCÍA:  
La mayor belleza agravia  
quien no os ama por primera.  
¿Luego pudístes, Leonor,  
pensar de mi tal locura,  
que viendo vuestra hermosura,  
solicitase otro amor?  
No, señora; no me dio



sangre tan bárbaro pecho,  
ni el sol, tan lejos del techo,  
en que yo nací, pasó.  
Vuestro es el favor que pido.  
En vos vive mi cuidado,  
tan dulcemente abrasado,  
cuan justamente rendido;  
que naturaleza os hizo...

LEONOR:  
Tened; que os vais atreviendo.  
Y si tercera me ofendo,  
primera me escandalizo.  
¿Por ventura, don García.  
es uso en Madrid corriente  
enamorar juntamente  
a la sobrina y la tía?

GARCÍA:  
Al menos, si tan divina  
sobrina viene al lugar  
como vos, uso es dejar  
la tía por la sobrina.

LEONOR:  
Mal uso.

GARCÍA:  
No ha de llamarse  
malo, si es tal la ocasión.

LEONOR:  
¿Cómo puede ser razón  
mudarse?

GARCÍA:  
Por mejorarse.

LEONOR:  
Pues la ley de la firmeza  
¿a qué obliga o cuándo alcanza,  
si hace justa la mudanza  
el mejorar la belleza?  
Que ser firme, no es querer  
firme el más hermoso amor;  
que para amar lo mejor,

¿qué firmeza es menester?  
Firme es quien hace desprecio  
de otra ocasión más dichosa.

GARCÍA:  
Confieso, Leonor hermosa,  
que ése es firme, pero es necio.

LEONOR:  
¿Luego en quien fuere discreto  
no hay que poner confianza,  
si disculpa la mudanza  
el mejorar el sujeto?

GARCÍA:  
Claro está.

LEONOR:  
Pues siendo así,  
y que os tengo, don García,  
por cuerdo, y dejáis mi tía  
por mejoraros en mí,  
perdóneme vuestro amor;  
que a resistir me prevengo,  
hasta que sepa si tengo  
otra sobrina mejor.

Vanse LEONOR y MENCÍA

GARCÍA:  
¿Cómo puede otra belleza  
a la que adoro exceder  
si en la vuestra su poder  
excedió naturaleza?  
Decid que es mi desventura  
y no temer mi mudanza;  
que siempre la confianza  
es mayor que la hermosura.

REDONDO:  
¿A solas estás hablando?  
Mal te ha tratado Leonor,  
porque el picado, señor,  
siempre queda barajando.

GARCÍA:

No sé si perdí o gané;  
sólo sé que en su agudeza,  
también como en su belleza,  
prisiones del alma hallé;  
que es por un mismo nivel  
bella y sabia.

REDONDO:

¡Linda cosa!  
Porque si es boba la hermosa,  
Es de teñido papel  
una bien formada flor,  
que de lejos vista agrada,  
y cerca no vale nada  
porque le falta el olor.

Vanse. Salen el MARQUÉS, OTAVIO y un CRIADO

MARQUÉS:

¿Es posible? ¿Vos, Otavio,  
en Madrid sin avisarme?  
o sé cómo podréis darme  
satisfacción de este agravio.

OTAVIO:

Prometo a vueseñoría,  
señor Marqués, que he venido  
tan intratable, que ha sido  
no avisarle, cortesía.

MARQUÉS:

¿Tenéis algunos disgustos?

OTAVIO:

Y tales, que la pasión  
me enloquece.

MARQUÉS:

Agora son  
mis sentimientos más justos.  
Penas, Otavio, pasáis,  
¡y no las partís conmigo!  
O vos no sois ya mi amigo,  
o que yo lo soy dudáis.

OTAVIO:

¿Qué me faltaba, a poder  
aliviar mis penas vos?  
¿Hemos de partir los dos  
el rigor de una mujer?

MARQUÉS:

Pensé que vuestro cuidado  
causaban cosas de honor.  
¿En Madrid os tiene amor  
tan triste y desesperado?  
¿Qué bien se ve que venís  
al uso de Andalucía,  
donde viven todavía  
las finezas de Amadís!  
Acá se ha visto mejor;  
más provecho se quiere;  
no sólo nadie no muere,  
pero ni enferma de amor.  
Aquí las fuentes hermosas  
vierten licor, que bebido,  
es el agua del olvido  
contra fiebres amorosas;  
y como hallan los dolientes  
de amor tan gran mejoría  
en ellas, va cada día  
Madrid haciendo más fuentes.  
No, Otavio, no quiera Dios  
que siendo un amigo vuestro  
en esta ciencia maestro,  
estéis ignorante vos.  
Haz, Leonardo, aderezar  
apósito para Otavío.

OTAVIO:

Señor...

MARQUÉS:

El mayor agravio  
que me hacéis es replicar.

OTAVIO:

Besaros quiero los pies.

MARQUÉS:

No penséis que me he olvidado,  
por años que hayan pasado

y varios casos después,  
de que en Sevilla los dos  
fuimos un alma y un ser.  
Demás de esto, quiero ver  
si puedo, Otavio, con vos  
que os divertáis, con traeros  
a mi lado entretenido;  
que alguna vez han podido  
más que amor los consejeros.

OTAVIO:

Según serviros deseo,  
no lo dudo. Mas ¿quién es  
esta señora, Marqués,  
que sale de Atocha?

MARQUÉS:

Creo  
que es doña Clara de Luna.  
Sí.

OTAVIO:

¡Buen talle y buena cara!

MARQUÉS:

Pues puede hacer doña Clara  
dichosa cualquier fortuna;  
que, además de lo que veis  
de hermosura y gallardía,  
es rica y parienta mía.

OTAVIO:

Con eso la encarecéis.

MARQUÉS:

¿Estáis soltero?

OTAVIO:

Señor,  
libre hasta agora viví,  
si puede decirlo así  
quien vive esclavo de amor.

MARQUÉS:

Pues advertid lo que os quiero.  
Mirad bien a mi parienta;

que si la viuda os contenta,  
yo seré el casamentero.

Sale doña CLARA, en hábito de viuda, con manto;  
acompañala FIGUEROA, y síguela don FÉLIX

FÉLIX:  
¿Saber quién sois no merece  
quien sin saberlo, señora,  
lo que en vos conoce adora,  
y por lo que ve padece?

CLARA:  
¡Tanto amor tan brevemente!

FÉLIX:  
Brevedad o dilación,  
señora, accidentes son  
según es la causa agente.  
Con sus templados ardores  
¿hace el sol en un instante  
lo que Júpiter Tonante  
con sus rayos vengadores?  
¿Acaba tan brevemente  
su largo curso la nave  
llevada de aura süave  
como de cierzo valiente?  
Del cielo precipitada,  
¿llega en término tan breve  
al suelo una pluma breve  
como una piedra pesada?  
Pues si entre humanos sugetos  
sois vos milagro, mi bien,  
¿por qué no han de ser también  
milagros vuestros efetos?

CLARA:  
¿Que en fin es cierto, señor,  
tanto amor?

FÉLIX:  
No es más verdad  
tener el sol claridad,  
que ser inmenso mi amor.

CLARA:

Según eso, ¿por mí haréis,  
caballero, lo que os pida?

FÉLIX:

Aunque me pidáis la vida.

CLARA:

Pues yo os pido que os quedéis.

Vase con FIGUEROA

FÉLIX:

Cogíome. ¿Qué puedo hacer?  
Inhumana ley me ha puesto.  
Seguiréla; que es en esto  
Fineza no obedecer.

Vase

MARQUÉS:

¿Qué decís?

OTAVIO:

De cerca mata,  
Marqués, si de lejos hiera.  
Olvidaré, si pudiere,  
con su hermosura, a mi ingrata.

MARQUÉS:

Siendo así, yo quiero ser  
de estas bodas el tercero.

OTAVIO:

Visitémosla primero,  
si os parece, para ver  
de las cosas el estado,  
porque el fin no me avergüence;  
que el que acomete y no vence  
queda feo y desairado.

MARQUÉS:

Bien decís. Quiero serviros.  
Connigo a su casa iréis;  
que cuando no os concertéis,  
servirá de divertirlos.

Vanse. Salen doña LEONOR y MENCÍA

MENCÍA:

Si él mismo vino a rogarte,  
cuando es tu mal tan crüel  
que tú has de buscarlo a él  
en dejando él de buscarte,  
¿para qué es la dilación?  
¿De qué sirve resistir  
a lo antiguo, sino asir  
del copete la Ocasión?

LEONOR:

Pues dime tú. ¿Hay diferencia  
de rogar una mujer  
con su favor, a no hacer  
al que ruega resistencia?  
La que su favor no niega  
al primer atrevimiento,  
muestra su liviano intento  
tan bien como la que ruega.  
Y más cuando no ignorar  
que ha tanto que don García  
trata amores con mi tía,  
más me obliga a recatar.

Salen doña CLARA y FIGUEROA

CLARA:

¿Al fin me perdió?

FIGUEROA:

De suerte,  
cuando en San Felipe entraste,  
en la gente te ocultaste,  
que fue forzoso perderte.  
Volvió a buscar el cochero;  
mas poco remedio halló;  
que también se le escapó.

CLARA:

Líbreme de un majadero.

Vase FIGUEROA

MENCÍA:



Doña Clara.

CLARA:

Mi Leonor,  
¿Cómo te sientes? ¿Estás  
descansada ya? ¿Querrás  
ver hoy la Calle Mayor?

LEONOR:

Cuando quieras; que el viaje  
sólo me pudo cansar  
lo que tardaba en llegar  
a tan dichoso hospedaje.  
Hoy veré la maravilla  
que celebras por otava.

CLARA:

Hoy en tu memoria acaba  
la Alameda de Sevilla.

LEONOR:

¡Calle Mayor; ¿Tan grande es  
que iguala a su nombre y fama?

CLARA:

Diréte por qué se llama  
la Calle Mayor.

LEONOR:

Di pues.

CLARA:

Filipo es el rey mayor,  
Madrid su corte, y en ella  
la mayor y la más bella  
calle, la Calle Mayor.  
Luego ha sido justa ley  
la Calle Mayor llamar  
a la mayor del lugar  
que aposenta al mayor Rey.

LEONOR:

Bien probaste tu intención.

Sale REDONDO

REDONDO:

Ya que a tal tiempo llegué,  
con tu licencia diré  
también mi interpretación.

CLARA:

Dila.

REDONDO:

La Calle Mayor  
pienso que se ha de llamar,  
porque en ella ha de callar  
del más pequeño al mayor;  
porque hay arpías rapantes,  
que apenas un hombre ha hablado,  
cuando ya lo han condenado  
a tocas, cintas y guantes;  
Y un texto antiguo se halla  
que dijo por esta calle,  
"Calle en que es bien que se calle;  
que no medra quien no calla."

CLARA:

¡Buen disparate!

REDONDO:

Por tal  
lo he dicho yo. No lo ignoro,  
ni quiero pasar por oro  
lo que es humilde metal.  
Mas tu lenguaje condeno,  
y es justo que se retrate,  
porque si fue disparate,  
¿cómo lo llamaste bueno?  
La mayor dicha consigo  
que algún quejoso ha alcanzado,  
pues llevo a ver celebrado  
el disparate que digo.  
Desdichados y dichosos,  
no los hace merecer,  
pues hemos venido a ver  
disparates venturosos.  
Oye el ejemplo que pinto.  
Comedia vi yo, llamada  
de los sabios extremada  
y rendir la vida al quinto;

y vi en otra, que a millares  
los disparates tenía,  
reñir al quinceno día  
con Jarava por lugares;  
y sus parciales, vencidos  
de la fuerza de razón,  
decir, "Disparates son;  
pero son entretenidos."  
Representante afamado  
has visto por sólo errar  
una sílaba, quedar  
a silbos mosqueteado;  
y luego acudir verías  
esta cuaresma pasada  
contenta y alborotada  
al corral cuarenta días  
Toda la corte, y estar  
muy quedos papando muecas,  
viendo bailar dos muñecas  
y oyendo un viejo graznar,  
y esto tuvo tal hechizo  
de ventura, que dio fin  
el cuitado volatín,  
que en vano milagros hizo.  
Y así el más cuerdo no trate  
por merecer, de alcanzar,  
pues nombre le ha visto dar  
de bueno a mi disparate.  
No lo dije por sutil;  
mas porque gloria me dieses,  
cuando a la risa rompíes  
las prisiones de marfil;  
que ésta es la paga mayor  
que quiero, por avisarte  
de que viene a visitarte  
don García, mi señor.

CLARA:

¿De cuándo acá me envió  
a prevenir don García?

REDONDO:

No envió, señora mía;  
mas llegué delante yo,  
porque esta nueva te diese;  
que pues que yo siempre voy

delante de él, quise que hoy  
de este provecho me fuese.

Salen don GARCÍA y don FÉLIX. Hablan  
los dos aparte

GARCÍA:  
Está el engaño mejor  
en fingir que me engañáis.

FÉLIX:  
Difícil cargo me dais.

GARCÍA:  
¿Y cuál es?

FÉLIX:  
Fingir amor.  
(Mas ¿no es ésta por quien muero? *Aparte*  
¡Vive Dios que me ha traído  
a ser amante fingido  
de quien lo soy verdadero!)

CLARA:  
(Este necio ¿qué porfía? *Aparte*  
¿Tan poco me ha aprovechado  
el haberme hoy escapado  
de sus ojos?)

GARCÍA:  
Clara mía...

FÉLIX:  
(Mía dijo.) *Aparte*

GARCÍA:  
No extrañéis  
que no me recate aquí;  
que la mitad es de mí  
el caballero que veis.  
Don Félix, mi caro amigo  
--que así con razón le llamo--  
ha sido desde que os amo,  
de mis secretos testigo;  
y una precisa ocasión,  
que él mismo os dirá, señora,

es causa de hacer agora  
lo que siempre fue razón.  
Escuchalde, y estimad  
los intentos que sabréis;  
que para que lo estiméis  
es lo menos mi amistad;  
Porque en diciendo quién es,  
no ha menester su opinión  
otra recomendación.

FÉLIX:

Nada me queda, después  
de decir que vuestro soy,  
con que pueda honrarme más.

CLARA:

Por las nuevas que me das,  
Mil gracias, señor, te doy;  
que es gran dicha una amistad  
de un tan noble caballero.  
(Con esto obligarle quiero  
a que le guarde lealtad.)

*Aparte*

GARCÍA:

En secreto pues le oíd,  
mientras yo, Clara divina,  
pregunto a vuestra sobrina  
cómo se halla en Madrid.

CLARA:

No me privéis de la gloria  
de que vos presente estéis.

GARCÍA:

Del mismo caso veréis  
que así conviene a la historia.

CLARA:

Si él es engaño, es discreto.

A los criados

Dejadnos solos.

REDONDO:

Mencía,

Redondo te desafía  
para el corredor.

MENCÍA:  
Aceto.

Vanse REDONDO y MENCÍA. Quedan don GARCÍA,  
hablando con LEONOR; y FÉLIX con doña CLARA

GARCÍA:  
Escuchad lo que ha sabido  
Amor trazar y fingir.

FÉLIX:  
Hasta el fin me habéis de oír;  
sólo esta merced os pido.  
La casa de los Manriques,  
tan principal como antigua,  
me dio el nombre que me ilustra  
y la sangre que me anima.  
Tres mil ducados de renta  
en juros de buena finca,  
si no me dan altas pompas,  
me dan descansada vida.  
Hoy don García de Lara,  
mi amigo, me dio noticia  
de las soberanas partes  
de vuestra hermosa sobrina.  
Pedíle, pues que con vos  
él tan justamente priva,  
me trajese a visitarla,  
y de tercero me sirva  
para que en dulce himeneo  
gozándola yo, de envidia,  
si a las damas su hermosura,  
a los galanes mi dicha.  
Con vos me ha dejado solo  
para que esto solo os diga;  
y él se ha apartado a decir  
lo mismo a vuestra sobrina.  
Mas advertid, Clara hermosa,  
a lo que el amor obliga.  
Todo este intento es engaño,  
y este deseo mentira.  
La verdad es... ¡Ay, señora!  
no os enojéis que os diga

que vos sois el blanco solo  
adonde mis ojos miran;  
que aunque os escondistes hoy,  
vuestras partes peregrinas,  
como sus rayos al sol,  
os descubren y publican.  
Y así he trazado por veros  
cómo el mismo don García,  
sin entender sus ofensas,  
encaminase mis dichas.

CLARA:  
Callad.

FÉLIX:  
Señora...

CLARA:  
Callad.  
¿Vois sois Manrique? Es mentira;  
que no cometen bajezas  
los que tienen sangre altiva.  
¿A mí me tenéis amor,  
y amistad a don García?  
¡Qué traidor!

FÉLIX:  
¡Qué enamorado!

CLARA:  
¡Qué locura!

FÉLIX:  
¡Qué desdicha!

CLARA:  
Mudad, Félix, pensamiento  
de tan injusta conquista.  
Pase esta vez por locura  
vuestra intención atrevida.  
Y para disimularla...

Dale un papel

las partes de mi sobrina  
contiene ese memorial.

Pasad por ellas la vista;  
porque yo, mientras leéis,  
me sosiegue, y las mejillas  
cobren la color que tienen  
con el enojo perdida.  
Y vos, por ventura hagáis  
cierta la intención fingida;  
que si os agrada, os prometo  
seros tercera en albricias.

Lee don FÉLIX el papel

LEONOR:  
¿Qué decís?

GARCÍA:  
Esto es verdad.  
sólo para divertirla  
de mi amor, hago a don Félix  
que la enamore y le diga  
que para engañarme a mí  
me finge que solicita  
ser tu esposo, y me ha pedido  
que de intercesor le sirva.  
Tanto puede tu hermosura,  
tanto mi amor imagina,  
por poder hablarte a solas  
sin que sus celos lo impidan.

CLARA:  
(¡Bueno es esto! ¡Con qué veras, *Aparte*  
con qué entrañas tan sencillas  
está por quien más le ofende,  
terciando con mi sobrina!)

GARCÍA:  
¡Qué ingrata sois! ¿No merece  
un favor tan firme amor?

LEONOR:  
Luego, ¿quien no da favor,  
es cierto que no agradece?

GARCÍA:  
¿No es claro?



LEONOR:

No; que es indicio  
de amar el favorecer,  
y se puede agradecer  
sin amar, el beneficio.  
Yo agradezco vuestro amor.  
Obligáisme, no lo niego;  
mas al agua pedís fuego,  
si a mí me pedís favor.

GARCÍA:

¿Ni esperanza?

LEONOR:

La esperanza  
no os la puedo yo quitar.

GARCÍA:

No; mas podéismela dar.

LEONOR:

El que no espera no alcanza.  
No os la doy; mas ¿qué perdéis  
en tenerla?

GARCÍA:

Mucho gano.  
Mas ya, dueño soberano,  
que ni esperanza me deis,  
sólo una cosa, Leonor,  
os pido que por mí hagáis,  
y porque la prometáis,  
advierdo que no es favor.

LEONOR:

Pues con esa condición,  
hablad.

GARCÍA:

Temiendo, señora,  
que no siempre como agora  
de hablaros tendré ocasión;  
y más si da en sospechar

Clara mi nuevo dolor  
--que éste es discreto temor,

pues no sabe amor callar--  
quiero asentar, Leonor bella,  
una seña entre los dos,  
para entenderme con vos,  
hablando siempre con ella.

LEONOR:  
¿Y eso es no pedir favor?

GARCÍA:  
Esto es pedir os un medio,  
ya que no me dais remedio  
para aliviar mi dolor.

LEONOR:  
Pues decidme, don García,  
¿qué más favor que escuchar?

GARCÍA:  
Favor, señora, es amar;  
y escuchar es cortesía.  
El nombre de ingrata os doy,  
si esta merced me negáis.

LEONOR:  
Ahora, porque no digáis  
que en todo tirana soy,  
va de seña, don García.

GARCÍA:  
Cuando hablare sin sombrero  
es que a ti decirte quiero  
lo que le digo a tu tía.  
y cubierto, hablo con ella.  
Y porque tú, sí gustares,  
me respondas; lo que hablares  
cubriendo esa boca bella  
con guante, abanico o toca,  
por ella decirlo quieres;  
y por ti lo que dijeres  
sin poner nada en la boca.

LEONOR:  
Ya te entiendo. Descubrirte  
es señal que hablas conmigo;  
y cuando lo que yo digo

por mí, quisíere decirte,  
descubrir la boca yo.

GARCÍA:  
Sola esta regla llevamos.  
Descubiertos nos hablamos  
los dos, y cubiertos no.

CLARA:  
¿Qué os parece?

FÉLIX:  
Que enamora  
la relación.

CLARA:  
Emplead  
en ella la voluntad.

FÉLIX:  
Lo dicho, dicho, señora.

CLARA:  
No me toquéis más en eso.  
Don García...

GARCÍA:  
Clara hermosa...

CLARA:  
Basta ya; que estar celosa  
de mi sobrina os confieso.

GARCÍA:  
Bien pudiera la hermosura  
daros celos de Leonor,  
si ya la vuestra y mi amor  
no os tuvieran tan segura.  
Mi tardanza no os espante;  
que no pude en tiempo breve  
batir con balas de nieve  
un castillo de diamante.

CLARA:  
Pues con tan justa demanda,  
Leonor ¿su gusto no mide?

GARCÍA:

Resiste aunque no despide,  
y escucha aunque no se ablanda;  
mas con el tiempo, y con ver  
que es firme y es verdadero  
quien la pretende, yo espero  
que mudará parecer.

FÉLIX:

Y más si interviene en ello  
quien merece lo que vos.

GARCÍA:

Yo moriré, vive Dios,  
Félix, o saldré con ello.

CLARA:

Esta sí que es amistad.

LEONOR:

(Bien con su intento conviene.) *Aparte*

Sale FIGUEROA

FIGUEROA:

El Marqués tu primo viene  
A visitarte.

CLARA:

Crueldad  
es tener obligaciones,  
que han de interrumpir los gustos.

GARCÍA:

(¡Qué presto, celos injustos, *Aparte*  
dais a mí amor turbaciones!)  
La visita recibid;  
que yo...

CLARA:

No os vais, don García.

GARCÍA:

No estorbar es cortesía  
al Marqués; mas advertid

a estas palabras que os digo  
Quítase el sombrero  
descubierta la cabeza,  
humilde a vuestra belleza.

LEONOR:  
(Aquesto es hablar conmigo.) *Aparte*

GARCÍA:  
Para que la mano os dé,  
falta sólo que queráis;  
si de pagarme dejáis  
por poner duda en mi fe,  
ya cesa con lo que os digo.  
no os pongan inconvenientes,  
dueño hermoso, los parientes,  
si habéis de vivir conmigo.

CLARA:  
El ser yo vuestra, García,  
¿cuándo ha quedado por mí?  
¿De qué nace hablarme así?  
Poniéndose el abanico en la boca

LEONOR:  
Yo sé muy bien que mi tía  
sólo ser vuestra concerta.

GARCÍA:  
¿Rebozada lo decís?  
¿Mas que no lo repetís  
con la cara descubierta?

LEONOR:  
(Ya se abrasa el alma mía.) *Aparte*

Quítase el abanico de la boca  
Pues si en eso se repara,  
también sin cubrir la cara  
digo que os paga mi tía.

GARCÍA:  
Eso sí. (Ya en mi favor *Aparte*  
se ha declarado.)

FIGUEROA:

El Marqués  
entra.

GARCÍA:  
Adiós.

Vase

CLARA:  
Vedme después,  
y os satisfaré, señor.

FÉLIX:  
Clara, adiós; y a mi cuidado  
os mostrad menos crüel.

Vase

CLARA:  
Vos os mostrad más fiel,  
y menos enamorado.

Vase FIGUEROA. Salen el MARQUÉS y OTAVIO

MARQUÉS:  
Hermosa Clara...

CLARA:  
¿Esos pies  
honran mi casa? ¿Qué es esto?  
Toquen a milagro presto;  
que vino a verme el Marqués.

MARQUÉS:  
Que toquen podéis hacer  
a milagro cuando os veo;  
que quien llega a veros, creo  
que un milagro llega a ver.

CLARA:  
¿Lisonjas? Ved que me agravio.

MARQUÉS:  
Verdades que merecéis  
os digo, y vos lo sabéis;  
pero conoced a Otavio,

mi huésped, a parienta mía,  
que mi estrecho amigo fue  
desde que niño pisé  
los campos de Andalucía.

OTAVIO:

Un esclavo vuestro soy.

CLARA:

Yo veré que me estimáis,  
Otavio, sí me mandáis.

MARQUÉS:

Absorto mirando estoy  
este serafín humano.  
¿Quién es mujer tan divina?

CLARA:

Doña Leonor, mí sobrina,  
hija de don Juan, mi hermano,  
que murió en Sevilla, y soy  
su albacea, y curadora  
de su hacienda.

MARQUÉS:

A vos, señora,  
el justo pésame doy  
de su muerte; mas al cielo  
mil gracias hago por ella,  
pues por ella, Leonor bella,  
os ve el cortesano suelo.  
Mi deuda sois. Bien podéis  
darme segura los brazos.

Abrázale

LEONOR:

Vuestra soy.

MARQUÉS:

¡Qué dulces lazos!

OTAVIO:

Si por deudo merecéis  
alcanzarlos, yo los pido  
también como vos, Marqués,

pues ser de una patria es  
por parentesco tenido.  
Vos seáis muy bien venida.

LEONOR:  
Para serviros.

MARQUÉS:  
(¡Qué honesta! *Aparte*  
¡Qué hermosa, grave y compuesta!  
A Venus miro vencida,  
miro a la naturaleza  
ufana de conocer  
su no igualado poder  
en tan desigual belleza.)

CLARA:  
Divertido se ha el Marqués.

LEONOR:  
(Mucho me mira.) *Aparte*

OTAVIO:  
Es exceso,  
porque ni es señor en eso,  
ni suele ser descortés.

LEONOR:  
(Algún pensamiento ha sido *Aparte*  
quien le arrebató.)

CLARA:  
¿Es enfado,  
señor Marqués, o cuidado,  
el que os tiene divertido?  
Ved que corriéndome voy  
de que nos tratéis así.

MARQUÉS:  
¿Que me he divertido?

CLARA:  
Sí.

MARQUÉS:  
(Pues enamorado estoy.) *Aparte*



Perdonadme; que un cuidado  
me asaltó con tal violencia,  
que sin hallar resistencia,  
toda el alma me ha ocupado.  
Mas, señora, yo os prometo,  
si declararos pudiera  
la causa, que os pareciera  
pequeño el mayor efeto.

CLARA:  
¿Son de amor tales enojos?

Doña CLARA habla aparte al MARQUÉS

Que miráis mucho a Leonor.

LEONOR:  
(Amor me tiene, si Amor *Aparte*  
hace lenguas de los ojos.)

MARQUÉS:  
No es el Amor quien causó  
tales efectos en mí;  
negocios del honor sí.

LEONOR:  
(Mi sospecha me engañó.) *Aparte*

Hablan aparte don OCTAVIO y el MARQUÉS

OTAVIO:  
Decid, Marqués, vuestras penas,  
y ved si son de provecho  
el corazón de mi pecho  
y la sangre de mis venas.  
¿Cuidado tenéis de honor  
sin decírmelo?

MARQUÉS:  
¡Ay Otavio!

Con arte disfraza el labio  
los sentimientos de amor.  
Leonor es quien me da enojos;  
y temiendo que su tía  
si entiende la pena mía

me la quite de los ojos,  
y porque ignoro el estado  
de las cosas, lo negué.

OTAVIO:

Esa prevención más fue  
de cuerdo que enamorado.

MARQUÉS:

Despedirme, sin dar  
indicios de mi afición,  
hasta mejor ocasión.

CLARA:

¿Quién pudiera remediar,  
Marqués, vuestro sentimiento?

MARQUÉS:

Imaginación tan fiera  
los pensamientos altera  
y turba el entendimiento;  
que he de partirme al instante,  
librando para otro día  
un negocio que venía  
a trataros, importante.

CLARA:

Siempre vos tratáis de honrarme.

MARQUÉS:

Vos seáis, bella Leonor,  
muy bien venida.

LEONOR:

Señor,  
a serviros.

MARQUÉS:

A mandarme,  
pues voy sin alma.

OTAVIO:

¿Sois vos  
quien del amor se reía?

MARQUÉS:

¡Ay Otavio! No creía  
hasta agora que era dios.

Vanse

## ACTO SEGUNDO

Salen el MARQUÉS y OTAVIO

MARQUÉS:  
¿Cómo os va de sentimientos?

OTAVIO:  
El sol vuestra compañía  
por quien la noche sombría  
huye de mis pensamientos.

MARQUÉS:  
¿Haos venido a la memoria  
esta noche doña Clara?

OTAVIO:  
Es a la luz de su cara  
nube mi pasada historia.  
Y así me siento en estado,  
que me alegrará el favor  
de Clara; mas el rigor  
no me dará gran cuidado.

MARQUÉS:  
¡Qué dicha!

OTAVIO:  
¿Envidiáisme?

MARQUÉS:  
Sí;  
que tanto llevo a penar,  
que a todos puedo envidiar,  
si todos la causa a mí;  
que este mi nuevo cuidado  
me trata con tal rigor,  
que en una noche de amor

siglos de infierno he pasado.  
Encontrados pareceres  
han dado a mis pensamientos  
esperanza en los tormentos,  
y, temor en los placeres.  
¡Ay, más que el sol, ojos claros!  
¡Si a lo que miro y adoro  
igualase lo que ignoro!

OTAVIO:  
Lo que puedo aseguraros  
es que la virtud jamas  
vio su igual Andalucía.

MARQUÉS:  
Pues con eso será mía.  
Yo, Otavio no quiero más,  
pues me iguala en calidad.

OTAVIO:  
Pues ¿casareis con ella?

MARQUÉS:  
Y ¡ojalá que Leonor bella  
pague así mi voluntad!

OTAVIO:  
¿Es pobre?

MARQUÉS:  
¡Al cielo pluguiera  
que lo fuese con exceso,  
para que mi amor con eso  
más esperanza tuviera!  
En mis estados poseo  
de renta, desempeñados,  
más de veinte mil ducados.  
Pues con esto, a mi deseo,  
¿qué cosa darle pudiera  
el cielo, que más me cuadre,  
que a mis hijos noble madre,  
y a mí dulce compañera?

OTAVIO:  
Pues si casaros queréis,  
pedilda; que al punto creo

que logréis vuestro deseo,  
pues venturosa la hacéis.

MARQUÉS:

¡Qué poco sabéis de amor!  
¿Vos sois el que, enamorado,  
decís que habéis conquistado  
tantos años un favor?

Quien por el contrato empieza,  
se priva, Otavio, del bien  
de contrastar un desdén,  
de vencer una esquivaza.

Como en la taza penada  
crece el gusto a la bebida,  
es la gloria más crecida  
cuanto fue más deseada.

El jugador, cuando aspira  
a ver la carta, ¿no halla  
más gusto en brujulealla  
que sí de priesa la mira?

El cazador ¿no pudiera,  
a costa de precio breve,  
alcanzar la garza leve,  
coger la liebre ligera;

Y con el perro y halcón  
se fatiga por más gloria,  
estimando la victoria  
en más que la posesión?

Pues dejadme conquistar  
por amor la hermosa fiera,  
que casándome pudiera  
tan fácilmente alcanzar.

Dejad que, aunque esté en mi mano  
el remediar mis enojos,  
en las cartas de sus ojos  
brujulee el bien que gano.

Dejadme que solenice  
el amor que en ella nace,

los favores que me hace,  
los requiebros que me dice;

que la posesión, pensad  
que no es la gloria mayor;  
que el amor conquista amor,  
la voluntad, voluntad.

Demás de que no es razón  
que, aunque esté determinado,  
muestre en caso tan pesado  
liviana resolución.

Ni debo tan satisfecho  
pensar que querrá Leonor.  
¿Qué sé yo sí ajeno amor  
ocupa su hermoso pecho?

Y si fío en mi grandeza,  
como a mí, ¿no puede ser  
que a otro de igual poder  
haya preso su belleza?

Y al fin antes de intentar  
empresas tan peligrosas,  
tomar el pulso a las cosas  
es no quererlas errar.

OTAVIO:

No os puedo negar que es ésa,  
Marqués, cordura mayor;  
mas yo no pensé que amor  
os daba tan poca priesa.

MARQUÉS:

Otavio, no lo entendéis.  
Esta cordura es locura,  
y porque amor me apresura,  
voy con el tiento que veis;  
que cuanto más la jornada  
quiere el que parte abreviar,  
tanto más se ha de informar  
del camino en la posada;  
que es muy necio desatiento,  
con peligro de perderse  
partir, por no detenerse

a preguntar un momento.

OTAVIO:

¿Qué es esto? ¿Entramos a vella?

MARQUÉS:

A Clara he de visitar,  
con ocasión de tratar  
vuestros intentos con ella,  
hasta poder de los míos  
dar cuenta a doña Leonor.

OTAVIO:

Padre es de industrias Amor.

MARQUÉS:

Y también de desvaríos.

OTAVIO:

En el corredor está  
sola Leonor.

MARQUÉS:

¡Qué ventura!

OTAVIO:

Yo me voy. La coyuntura  
gozad, que Fortuna os da;  
que a solas vuestros amores  
más bien podrán alcanzar,  
porque suelen estorbar  
los testigos los favores.

MARQUÉS:

Sois discreto. (Ayuda, Amor, Aparte  
los intentos que me has dado.)

Vase don OTAVIO. Sale doña LEONOR,  
hablando con algún criado que está dentro

LEONOR:

¿Sin avisar ha llegado  
el Marqués al corredor?

MARQUÉS:

Yo tuve, señora mía,

la culpa.

LEONOR:

Pues perdonad,  
señor, y licencia dad  
para que avise a mi tía.

MARQUÉS:

Dame tú, Leonor, licencia  
para poderte negar  
la licencia de privar  
mis ojos de tu presencia;  
y más cuando en la paciencia  
no cabe tanta pasión,  
porque viendo la ocasión  
de decirte mi tormento,  
revienta ya el sentimiento  
la presa del corazón.  
No quiero decirte aquí  
mi mucho amor, ángel bello,  
pues basta para sabello  
sólo saber que te vi;  
no decirte que ya en ti  
fundo todos mis intentos,  
mis glorias y mis tormentos,  
pues sabes tú estas verdades;  
que no ignoran las deidades  
los humanos pensamientos.  
No quiero, señora mía,  
pedir que paga me des;  
que es bajeza el interés,  
la esperanza grosería;  
sólo merecer querría  
licencia para quererte;  
porque estimo de tal suerte  
tus altas prendas, Leonor,  
que se contenta mi amor  
no más de con no ofenderte.

LEONOR:

Señor Marqués, sólo puedo,  
a lo que oyéndoos estoy,  
responderos que yo soy  
doña Leonor de Toledo;  
porque ya que no os concedo  
la licencia para amar,



deciros quién soy, es dar  
a vuestro amor a entender,  
a qué se puede extender  
la que vos podéis tomar.

MARQUÉS:

Ese oráculo explicad;  
que sus misterios ignoro.  
¿He excedido yo el decoro  
que debo a vuestra deidad?  
¿Por qué alegáis calidad  
a quien amor os alega,  
cuando no sólo no os niega  
mi fe culto verdadero,  
mas tanto más os venero  
cuanto más amor me ciega?

LEONOR:

Quien ostenta calidad  
a quien le trata de amor,  
al amor opone honor,  
y al deseo honestidad.  
Con esto licencia dad  
para avisar a mi tía.

MARQUÉS:

Esperad, señora mía.  
¿Cómo es posible que siendo  
vos el fuego en que me enciendo,  
quien me abrasa esté tan fría?

Sale doña CLARA

CLARA:

¿Qué es esto?

LEONOR:

(¡Ay triste!) *Aparte*

CLARA:

Leonor,  
recógete a tu aposento.

Vase LEONOR

MARQUÉS:

Parienta...

CLARA:

En el alma siento  
que me lo llaméis, señor;  
porque estuviera mejor  
este agravio disculpado,  
si hubiérades ignorado  
mi calidad; pero ya  
¿qué disculpa me dará  
quien saberla ha confesado?  
Si parienta me llamáis,  
¿cómo el obrar no lo muestra?  
Cómo, si soy sangre vuestra,  
mi deshonor procuráis?  
¿Mi sobrina requebráis,  
cuyo honor está a mi cuenta,  
a excusas mías? Mi afrenta  
bien claro de esto se arguye;  
que de testigos no huye  
quien justos hechos intenta.

MARQUÉS:

Ello está muy bien reñido;  
mas fuera bien haber dado,  
como un oído al pecado,  
a la disculpa otro oído.  
¿Qué tanto delito ha sido,  
hallando sola a Leonor,  
solicitarla de amor,  
si estando a solas, sospecho  
que fuera el no haberlo hecho  
cortedad y disfavor?

CLARA:

En vano aplicar queréis  
a la ocasión el suceso,  
cuando contra vos en eso  
tantos indicios tenéis;  
si no es que ya os olvidéis  
de que ayer, testigo yo,  
Leonor os arrebató  
el alma toda en despojos;  
que confesaron los ojos  
lo que la lengua negó.  
Y así, Marqués, perdonad.

Y pues a mi casa a honrarme  
no venis, el visitarme  
de aquí adelante excusad.  
Y si vuestra voluntad  
violentare el ciego dios,  
sólo os quiero, entre los dos,  
por despedida avisar  
que Leonor se ha de casar,  
y es tan buena como vos.

Vase

MARQUÉS:

"¡Que Leonor se ha de casar,  
y es tan buena como vos!"

Por una senda las dos  
corren a un mismo lugar;  
que el ídolo en cuyo altar  
ardiente víctima quedo,  
dijo también, "Sólo puedo  
a lo que oyendo os estoy,  
responderos que yo soy  
doña Leonor de Toledo."  
Ambas con un mismo intento  
claro me dan a entender  
que sólo puedo tener  
remedio en el casamiento.  
No cupo en mi pensamiento,  
Leonor, otro fin jamás;  
que si porque pobre estás,  
y yo rico, no lo esperas,  
¡ojalá más pobre fueras  
para que yo hiciera más!

Sale OTAVIO

OTAVIO:

¿Salió en favor la sentencia,  
Marqués?

MARQUÉS:

¡Ay, amigo Otavio!  
Gusto saco del agravio,  
favor de la resistencia.

OTAVIO:

Enigmas son.

MARQUÉS:

Con prudencia,  
modestia y severidad,  
oyendo mi voluntad,  
sólo la hermosa Leonor,  
negándome otro favor,  
me acordó su calidad.  
Pues esto, Otavio, si creo  
a la esperanza, ¿no es  
decir que aunque soy marqués,  
es su mano igual empleo?  
Y esto ¿no es lo que deseo?

OTAVIO:

Pues ¿qué falta?

MARQUÉS:

Solamente  
con recato diligente  
examinar su opinión;  
que es bajeza y no afición  
pasar este inconveniente.  
Argos seré de su vida,  
sombra de su cuerpo hermoso.  
En caso tan peligroso  
recuerde el alma dormida.  
O se muestre o se despida  
de su calle el sol dorado,  
la rondará mi cuidado;  
porque el noble, si es prudente,  
es celoso pretendiente  
y cuidadoso casado.

Vanse. Salen don GARCIA y don FÉLIX

GARCÍA:

Con esta resolución  
va el papel.

FÉLIX:

Bien habéis hecho;  
que no puede hacer provecho  
en esto la dilación,  
pues en llegando a entender

vuestro engaño doña Clara,  
ver más a Leonor la cara  
imposible os ha de ser.

GARCÍA:  
Por eso quiero abreviar,  
Félix; que tener intento  
acabado el casamiento  
cuando empiece a sospechar.

FÉLIX:  
(El medio de dos extremos     *Aparte*  
en eso sólo consiste.)

Sale REDONDO, con un papel

GARCÍA:  
Pues, Redondo, ¿vienes triste?  
¿Qué tenemos?

REDONDO:  
No tenemos.

GARCÍA:  
¿Es respuesta?

REDONDO:  
Bien pudiera  
responder lo que un criado  
a quien su dueño a un recado  
mandó que a caballo fuera,  
y el señor, tras esperallo  
lo bastante, preguntó,  
"¿Vienes? ¡hola!" Y respondió,  
"No hallo el freno del caballo."  
Mas agora es bien que huya  
la pieza del gracejar,  
porque no se ha de mezclar  
con el réquien la aleluya.

GARCÍA:  
Di pues.

REDONDO:  
Yo estaba en espía  
para dar éste a Leonor...

--¡Mal haya quien tiene amor  
a mujer que tiene tía!--  
¿Nunca has visto cuando yerra  
la vaca por monte y prado,  
no apartársela del lado  
un momento la becerra?  
Pues mucho menos desvía  
de sí Clara a tu Leonor.  
¡Dichoso Adán, que su amor  
gozó sin suegra ni tía!

GARCÍA:  
Cuenta lo que ha sucedido.  
No me atormentes.

REDONDO:  
Señor,  
cogióme en el corredor  
tras un pilar escondido;  
preguntóme lo que hacía,  
recelosa, a lo que vi;  
pero yo le respondí  
que era amante de Mencía.

GARCÍA:  
¿Y aseguróse?

REDONDO:  
¿Quién sabe  
la verdad del pensamiento?  
Sólo mandó que al momento  
para un negocio muy grave  
la veas.

GARCÍA:  
Ya de su amor  
temo que es sólo su intento  
dar priesa a su casamiento.

FÉLIX:  
Yo tengo el mismo temor.

GARCÍA:  
¿Qué excusa podrá valerme?

FÉLIX:

Entrad riñendo con ella  
por celos.

GARCÍA:  
Si a mi querella  
responde con ofrecerme  
mano de esposa al momento,  
¿cómo he de huir la ocasión?

FÉLIX:  
No aguardéis satisfacción.

GARCÍA:  
Será dañoso a mi intento  
enojarme, cuando quiero,  
con capa de verla a ella,  
ver la sevillana bella.

FÉLIX:  
Mejor traza.

GARCÍA:  
Ya la espero.

FÉLIX:  
Fíngid que una liviandad  
de ella os han dicho, y queréis,  
antes que la mano deis,  
averiguar la verdad.

GARCÍA:  
Pues ¿de quién podrá fingir  
celos que lleven color?

FÉLIX:  
¿Qué ocasión queréis mejor  
para poderlos pedir,  
que el marqués Arnesto, a quien  
vimos, y aun dimos lugar  
para entrarla a visitar  
ayer los dos?

GARCÍA:  
Decís bien.

FÉLIX:

¿He de acompañaros?

GARCÍA:

Vella  
a solas después podéis,  
porque mejor confirméis,  
hablando a solas con ella,  
don Félix, mis fingimientos,  
deponiendo por testigo.

FÉLIX:

Bien decís.

GARCÍA:

Adiós, amigo.

FÉLIX:

(Ayuda, Amor, sus intentos.) *Aparte*

Vase

REDONDO:

¿Qué de hacer de este papel?

GARCÍA:

Entra conmigo, y procura  
para darlo coyuntura;  
que está mi remedio en él.

REDONDO:

Tú verás la industria mía.

GARCÍA:

Ya ves que importa al efeto  
el recato y el secreto.

REDONDO:

De mí, señor, te confía;  
que no hay del Ganges al Istro  
sirviente de mí cuidado.  
Más secreto y recatado  
seré que un recién ministro.

GARCÍA:

¡Extraño capricho!



REDONDO:

¿Extraño?

¿Pues hay parca inexorable  
más cruel, más intratable,  
que un ministro el primer año?

GARCÍA:

Con silencio hemos de entrar.  
Por dicha hallará mi amor  
en parte a doña Leonor  
que a solas la pueda hablar.

Vanse don GARCÍA y REDONDO por una puerta y salen por otra.  
Sale doña CLARA, y salen los dos, sin verlos ella

REDONDO:

Clara está en la sala.

GARCÍA:

¿Harálo  
mi suerte un tiempo mejor?

REDONDO:

Siempre se topa, señor,  
primero en el dedo malo.

GARCÍA:

Pues escucha un pensamiento;  
que a Leonor puedes con él  
entrarle a dar el papel  
hasta el último aposento.

REDONDO:

Di pues.

Hablan los dos bajo

CLARA:

Si eres dios, Amor,  
piadoso a mi bien te inclina.  
Permite la medicina,  
pues que causaste el dolor.  
Haz que fin dichoso dé  
don García a mi esperanza.  
No me quite su mudanza  
lo que me ha dado mi fe.

Habla REDONDO aparte a don GARCÍA

REDONDO:

¡Extremado pensamiento!  
Manos a la ejecución;  
Que hoy seré Griego Sinón.

Fíngese enojado don GARCÍA,  
y saca la daga contra REDONDO

GARCÍA:

¿Hay mayor atrevimiento?  
¡Pícaro desvergonzado!

REDONDO:

¡Ay de mí!

Éntrase huyendo

CLARA:

Señor, tened.

GARCÍA:

Atrevido, agradeced  
que os entrastes en sagrado.

CLARA:

¡Bien de mí pensamiento!...

GARCÍA:

Cierra, engañosa, los traidores labios;  
que como el fuego crece con el viento,  
aumentan tus caricias mis agravios.  
¿Qué falso cocodrilo,  
qué sirena fingida  
halaga así para quitar la vida?

CLARA:

¿Qué es esto?

GARCÍA:

¿Qué preguntas?  
En vano te dispones  
a negar, enemiga, tus traiciones.  
ya sé que te he perdido,

por más que cautamente  
hayas favorecido  
al Marqués, que tú llamas tu pariente.  
Y no me has engañado;  
que más es que pariente el que es amado.

CLARA:

Escucha. ¿Por qué así te precipitas,  
y tus sospechas vanas y ligeras  
tan fácil acreditas?  
¿Por qué no consideras  
que en este mismo techo  
otra ocasión se esconde suficiente  
a sujetar el corazón valiente  
del más armado pecho?  
Si el amarme te ha hecho  
pensar que sola yo de amor tirano  
puedo mover la poderosa mano,  
acuérdate que ha puesto  
el cielo soberano  
en el mirar honesto  
de Leonor, mi sobrina,  
más que humano poder, virtud divina  
por ella vive preso  
en afición ardiente  
el Marqués mi pariente.

GARCÍA:

¿Qué dices? ¿Cómo es eso?

CLARA:

Digo que pierde por Leonor el seso,  
y que la vez primera  
que la vio, de repente arrebatado  
en su beldad, quedó tan transformado,  
que aunque negar quisiera  
sus ardientes enojos,  
los dijo el alma a voces por los ojos.

GARCÍA:

(¿Qué es lo que escucho, cielos?) *Aparte*

CLARA:

¿Parécete invención?

GARCÍA:

(Rabio de celos.) *Aparte*

CLARA:

Aun hoy, para que creas  
que te digo verdad, los he cogido  
hablando a solas.

GARCÍA:

Calla.

CLARA:

Porque veas  
que en nada te he mentido,  
ella misma lo diga.  
¡Leonor!

GARCÍA:

(¡Ay desdichado!) *Aparte*

Sale doña LEONOR

LEONOR:

¿Llamas?

CLARA:

¿Qué te ha pasado  
con el Marqués? Acaba, dílo presto;  
que duda don García  
por ti y por él de la firmeza mía.

LEONOR:

(¿Yo misma contra mí seré testigo?) *Aparte*

CLARA:

¿Qué dudas?

LEONOR:

Ya lo digo.  
Hoy el Marqués a visitarte entraba;  
y encontrando conmigo,  
Que sola acaso el corredor pasaba,  
entre tiernas razones  
comenzó a encarecerme sus pasiones.

CLARA:

¿Estás ya satisfecho?

GARCÍA:

Estoy de celos abrasado el pecho;

(Quítase el sombrero, hablando con doña CLARA)

que cuanto más pretendes  
satisfacerme, tanto más me ofendes.  
¿Qué sacas de engañarme?

LEONOR:

(A mí endereza agora sus saetas.) *Aparte*

GARCÍA:

¿Por qué, crüel, para tan gran caída  
quisiste levantarme?  
Quitárasme la vida  
antes, ingrata, que un favor me dieras.  
Primero que me oyeras,  
de fiero tigre hircano  
muerte me diera la sangrienta mano.  
Quédate, falsa...

CLARA:

Espera.

GARCÍA:

¿Qué tiene que esperar quien desespera?  
¿Qué ha de hacer a tus ojos  
quien ya les causa enojos?  
No viva en tu presencia  
quien murió en tu memoria.  
goce el Marqués en paz de tanta gloria.

CLARA:

Vuelve.

LEONOR:

Espera.

CLARA:

Ya falta la paciencia.  
Escucha. O no te entiendo o no me entiendes.  
¿De la satisfacción misma te ofendes?

(Tiénelo LEONOR)

LEONOR:

¿Qué culpa, don García,  
del amor del Marqués tiene mi tía?

GARCÍA:

Suelta. ¿Tú me detienes, engañosa?  
¡Qué presto has aprendido  
el trato de Madrid, falso y fingido!  
¿Quién creyera que dama tan hermosa  
y de tan pocos años,  
iguale a sus minutos sus engaños?

LEONOR:

(Él nos destruye agora.) *Aparte*

GARCÍA:

¡Plega a Dios, que de flecha vengadora,  
con furia disparada  
de la valiente mano  
del ciego Amor tirano,  
la nieve de tu pecho atravesada,  
encuentres quien contigo  
finja, como has fingido tú conmigo!

Vase. Sale REDONDO, que vuelve

REDONDO:

A todos, vive Dios, ha emparejado,  
con todos ha reñido.

CLARA:

Tú la ocasión has sido  
de este incendio, enemiga;  
que el haber tú dudado  
en decir la verdad, la causa ha dado  
a que él sospeche que invención ha sido,  
y en mí tu necia dilación castiga.

LEONOR:

¡Eso sí!, imita al toro embravecido;  
el que la vara te tiró, se escapa.  
Véngate agora en mí, que soy la capa.  
¿No basta que me obligues  
a que excediendo el orden de mi estado,  
por dar satisfacción a don García,

haya arriesgado yo la opinión mía;  
sino que, ingrata, agora me castigues  
porque tardé en decir lo que pluguiera  
al santo cielo que callado hubiera?

CLARA:

¿Pues qué opinión te quita  
que el Marqués te pretenda?

LEONOR:

¿No me arriesgo a que entienda  
quien sepa que el Marqués me solicita,  
que liviandades mías  
han dado la ocasión a sus porfías?

CLARA:

¡Qué livianos temores te acobardan!  
Bien se ve que mis penas,  
Leonor, son para ti del todo ajenas.  
No te vayas; que quiero a don García  
escribir un papel.

REDONDO:

Por Dios, señora,  
que dudo que en mi pecho haya osadía  
para dárselo agora,  
cuando ves que contigo  
se parte, de celoso, tan airado,  
que arrojan sus enojos  
mil volcanes de llamas por los ojos;  
y viste agora que también conmigo  
ciego y arrebatado,  
me libró de su furia tu sagrado.

CLARA:

Bien dices.

REDONDO:

¿Qué procuras?  
Satisfacerle?

CLARA:

Sí.

REDONDO:

Dame licencia,

si de mi fe por dicha te aseguras,  
para darte un consejo.

CLARA:

En la dolencia  
sólo aspira el enfermo a verse sano,  
y ama el remedio de cualquiera mano.

REDONDO:

Pues no le escribas tú; que temo agora  
que la llama voraz de sus enojos  
haga ceniza tu papel, señora,  
antes que en él llegue a poner los ojos,  
no le den tus solícitos amores  
materia a más venganzas y rigores.  
Deja que el tiempo su furor quebrante.  
Toma ejemplo en la fragua;  
que cuando el fuego en ella está pujante,  
Le aumenta fuerza el agua.  
Escríbale primero tu sobrina,  
y sus satisfacciones poco a poco  
procuren aplacar el furor loco;  
que en buena medicina,  
cuando un humor nocivo predomina,  
para purgarlo, sabes  
que lo disponen antes con jarabes.

CLARA:

Redondo dice bien. Sobrina mía,  
escribe a don García.  
Dale satisfacción, haz estas paces.

LEONOR:

De mil maneras haces  
que salga de la esfera de mi estado;  
mas al fin me conduce a obedecerte  
la lástima que tengo a tu cuidado.  
Voy a escribir.

REDONDO:

(¡Qué bien que lo he trazado!) *Aparte*

CLARA:

Haz cuenta que me libras de la muerte,  
Leonor, según me veo.



LEONOR:

Tú me ruegas lo mismo que deseo.

Vase

CLARA:

Redondo, yo confieso que me has hecho  
gran bien; que tal consejo en tal estrecho,  
sólo de tu agudeza nacer pudo.

REDONDO:

Yo me llamo Redondo, y soy agudo.

Vanse REDONDO y doña CLARA. Salen el  
MARQUÉS y RICARDO

RICARDO:

A la puerta se apartó  
don Félix, y don García,  
a fuer de medrosa espía,  
con lentos pasos entró,  
a todas partes mirando,  
con un criado, de quien  
fía su mal y su bien,  
en puridad platicando.  
Subió al fin; pero muy presto  
de la visita salió,  
y a lo que me pareció,  
de enojado, descompuesto.  
Quedóse dentro el criado,  
y vino a salir después  
más de hora y medía. Esto es  
lo que he visto y ha pasado  
mientras estuve en espía.

MARQUÉS:

¿Ayer don García, y hoy  
don García? Loco estoy.  
¿Cada día don García?  
¡Malo! Entrar con pasos lentos,  
salir presto y enojado,  
quedarse dentro el criado...  
de muerte sois, pensamientos.

RICARDO:

Advierte que don García,

supuesto que amante sea,  
aún no sabes si desea  
a la sobrina o la tía.  
¿Por qué das rienda al dolor,  
y tan presto desconfías?

MARQUÉS:  
Ricardo, en venturas mías  
siempre es cierto lo peor.

RICARDO:  
El prudente prevenido  
espera el peor suceso;  
pero, señor, no por eso  
lo ha de dar por sucedido.  
Prevén al mal la paciencia,  
sin desesperar, señor;  
que es el morir de temor  
más flaqueza que prudencia.  
Haz primero información  
de la verdad de su intento;  
no pierdas el sentimiento,  
ignorando la ocasión.

MARQUÉS:  
¡Qué bien dices! En efeto,  
Ricardo, para un señor  
el consejero mejor  
es un criado discreto.

RICARDO:  
Por eso te considero  
de tantos buenos servido;  
mas detente; que ha venido  
a buen tiempo el escudero  
de Clara. Por sí te engañas,  
comienza tu información  
por él.

MARQUÉS:  
¿Dirálo?

RICARDO:  
Si son  
las que deben ser sus mañas,  
nada te podrá callar;

Y más si en el corazón  
le pusieres un doblón  
al tiempo de preguntar.

MARQUÉS:  
Llámalo pues.

RICARDO:  
¡Camarada!

Sale FIGUEROA

RICARDO:  
Bien dicen que la ventura  
huye de quien la procura,  
y busca sin ser buscada.

FIGUEROA:  
¿Por qué lo decís?

RICARDO:  
Desea  
el Marqués saber de vos  
cierta cosa, entre los dos,  
y no dudéis de que sea  
si gusto le sabéis dar,  
mucho el bien que os ha de hacer.

FIGUEROA:  
El más largo prometer  
no iguala al más corto dar.  
Mas puesto que es el Marqués  
tan gran señor, será justo  
que estime yo el darle gusto,  
por el mayor interés.

RICARDO:  
Llegad, pues; que ya os espera.

FIGUEROA:  
Humilde a vuestro mandado  
tenéis señor, un criado;  
y ¡ojalá que fuerza hubiera  
para serviros en mí!

MARQUÉS:

Cúbrase, por vida mía.

FIGUEROA:

Perdone vueseñoría,  
que yo estoy muy bien así.

MARQUÉS:

Por mí vida lo ha de hacer.

Cúbrese FIGUEROA

FIGUEROA:

Ya es forzoso. ¡Qué honradores  
son los tan grandes señores!

RICARDO:

(Y más cuando han menester.) *Aparte*

MARQUÉS:

Dígame agora su nombre.

FIGUEROA:

Figueroa.

RICARDO:

(¡Una miseria! *Aparte*  
es de la casa de Feria.)

MARQUÉS:

Ése es sólo un sobrenombre.

FIGUEROA:

No han de ser desvanecidos  
los pobres; que es muy cansado  
un hombre en humilde estado  
hecho un mapa de apellidos.  
Aun con sólo un nombre, veo  
que no me dejan vivir,  
y hay quien ha dado en decir  
que sin razón lo poseo;  
mas procuren de mil modos  
los malsines murmurar;  
que por Dios que al acostar  
estamos desquitos todos.

MARQUÉS:

Vos, en fin, ¿sois Figueroa?

FIGUEROA:

Por lo menos me lo llamo.

MARQUÉS:

Deudos somos.

FIGUEROA:

Ser mi amo

vos, será mi mayor loa.

MARQUÉS:

Digo que sois mí pariente,

y que se os echa de ver,

porque vuestro proceder

dice quién sois claramente.

RICARDO:

(¡Qué bien le obliga!) *Aparte*

MARQUÉS:

Por Dios,

que saberlo me ha alegrado;

pues con eso mi cuidado

os toca también a vos.

Pues si sois deudo también

de doña Clara, su afrenta

tomaréis a vuestra cuenta

como yo.

FIGUEROA:

Decís muy bien.

MARQUÉS:

Pues escuchad, si os agrada;

que está en riesgo nuestro honor.

FIGUEROA:

¡Qué cosa para mi humor!

¿En riesgo el honor? ¿No es nada?

Decid.

Pónense a hablar bajo los tres. Salen don  
GARCÍA y REDONDO

REDONDO:

Detener no puedo  
la risa, señor. Salió  
alborotada; mas yo,  
poniendo en la boca el dedo,  
la sosegué, y advertir  
pudo en un punto mi intento;  
que es de ángel su entendimiento  
y entiende sin discurrir.  
Saqué el papel...

GARCÍA:

¿Lo leyó?

REDONDO:

Ponte un grado más atrás.

GARCÍA:

¿Cómo?

REDONDO:

¿No preguntarás  
antes, si lo recibió?

GARCÍA:

Eso está claro.

REDONDO:

Decirlo  
puedes; que está bien patente.  
Pues te digo claramente  
que no quiso recibirlo.

GARCÍA:

¿Que no quiso?

REDONDO:

Señor, no.

GARCÍA:

¡Qué escucho! ¿Y sabes por qué?

REDONDO:

La causa, yo no la sé;  
sé que no lo recibió;  
y estando en esta porfía,

sobre si es justo o no es justo  
dar a tu fe tal disgusto,  
la empezó a llamar su tía.  
Salí después que te fuiste,  
y hubo entre ellas gran cuestión  
sobre cuál fue la ocasión  
del enojo que tuviste.  
Resolvióse al fin la tía  
en escribirte un papel;  
yo le dije que con él  
tu furor aumentaría,  
y que era bien que Leonor  
satisfaciendo lo hiciera;  
que negocia una tercera  
con un celoso mejor.  
Cuadróles mí parecer;  
y Leonor, tras resistir  
un rato, se entró a escribir,  
y doña Clara a leer  
lo que Leonor escribía.  
Y así no tuvo ocasión  
de rezar por su intención;  
que todo fue por su tía.  
No me dieron el papel;  
que nuestra invención creyeron,  
y a enviar se resolvieron  
un escudero con él.  
Salí, y apenas los pies  
puse en la calle ligero,  
cuando en un zaguán frontero  
vi un criado del Marqués,  
que con recato espiaba  
disimulando y temiendo;  
y cuando entramos, entiendo  
que el mismo puesto ocupaba.

GARCÍA:  
No digas más.

REDONDO:  
¿No diré  
lo que con él me pasó?

GARCÍA:  
¿Qué pasó?

REDONDO:

Que él me miró,  
Y yo también le miré.  
Pasé arrogante la calle.  
Capa y espada prevengo,  
y como él no me habló, vengo,  
y véngome sin hablalle.

GARCÍA:

¡Qué gran hazaña!

REDONDO:

¿Sería  
cordura trabar pendencia  
en tal calle?

GARCÍA:

Esa prudencia  
la debo a tu cobardía.  
¡Ay de mí! Yo soy perdido.  
¿Efímera fue, Leonor,  
en tu corazón mi amor?  
¿Hoy murió, de ayer nacido?  
¿Fue contra el cierzo violento  
flor que de nacer acaba?  
¡Qué tierno tu amor estaba,  
pues lo llevó el primer viento!  
Al primer indicio leve  
del amor del Marqués, luego,  
¡trocaste la nieve en fuego,  
y el fuego trocaste en nieve!  
¿No es éste el Marqués? Desvía.

REDONDO:

Sí, señor.

GARCÍA:

Hablarle quiero.

REDONDO:

¿He de ser el "Míra Nero,  
o él de nada se dolía?"

GARCÍA:

Eres muy cuerdo.



REDONDO:

Respondo  
que soy Redondo; y quisiera  
que por mí no se dijera  
esto de "Cayó redondo."

MARQUÉS:

Id con Dios.

(Vase FIGUEROA)

El escudero  
se rindió a la vanidad.

RICARDO:

Si va a decir la verdad  
yo sospecho que al dinero.

MARQUÉS:

El redimió el alma mía  
de mil celosos engaños.

RICARDO:

En fin, ¿dice que ha dos años  
que ama a Clara don García?

MARQUÉS:

Sí.

RICARDO:

¿Y que su dueño gallardo,  
la bella doña Leonor,  
ni tiene amante ni amor  
hasta agora?

MARQUÉS:

Sí, Ricardo.

RICARDO:

Ya habrás visto de ese modo  
cuán malo es anticipar  
la pena y desesperar,  
sin informarse de todo.

MARQUÉS:

Tanto, Ricardo, que espero

que en el mismo don García,  
que por el contrario tenía,  
he de tener compañero;  
que haremos, enamorados  
los dos de Clara y Leonor,  
para esta guerra de amor,  
liga de nuestros cuidados.

RICARDO:  
Él viene.

MARQUÉS:  
Yo le he de hablar.

GARCÍA:  
Señor Marqués.

MARQUÉS:  
Don García.

GARCÍA:  
En busca vuestra venía;  
que tenemos que tratar  
cierto caso entre los dos.

MARQUÉS:  
Huélgome; que también vengo  
a buscaros, porque tengo  
otro negocio con vos.

GARCÍA:  
Redondo, déjanos solos.

REDONDO:  
Harélo con mucho agrado;  
que temo morir birlado,  
ya que Dios nos hizo bolos.

Vase REDONDO

MARQUÉS:  
Déjanos solos, Ricardo.

RICARDO:  
¿Dónde te veré después?

MARQUÉS:  
En palacio.

Vase RICARDO

GARCÍA:  
Va, Marqués,  
vuestrs intentos aguardo.

MARQUÉS:  
Yo os suplico, don García,  
que los vuestros me digáis.

GARCÍA:  
En esto, si no empezáis,  
consumiremos el día.

MARQUÉS:  
Porque vuestro gusto intento,  
me determino a empezar;  
pues cuanto tardo en hablar,  
tanto os quito de contento.

Sabed, noble don García,  
que la libertad lozana  
el nunca domado orgullo,  
la juvenil arrogancia  
con que pisé tantos años  
del Amor ciego las armas,  
envidia de los galanes  
y cuidado de las damas,  
rindieron ya la cerviz  
a la sujeción tirana  
de una pena que me aplace  
y de un placer que me mata  
vi los dos divinos ojos  
de la hermosa sevillana  
doña Leonor de Toledo.  
Vilos al fin, esto basta;  
que pues que vos habéis visto  
su belleza soberana,  
conoceréis los efectos  
por el poder de la causa.  
Apenas rompió mi pecho  
la flecha de Amor dorada,  
cuando los celos se entraron

por la misma herida al alma;  
que dos veces, Lara ilustre,  
os vi entrar a visitarla  
conociendo vuestras partes,  
su hermosura y mi desgracia;  
pero los piadosos cielos,  
condolidos de mis ansias,  
con un desengaño breve  
serenaron la borrasca,  
pues con saber que ha dos años  
que servís a doña Clara,  
vengo a tener por amigo  
al que enemigo juzgaba.  
Ya sabéis que es deuda mía.  
Pues vos entráis en su casa,  
y en ella están las dos prendas  
de nuestras dos esperanzas,  
ayudémonos. Dé al otro  
cada cual lo que le falta,  
y démonos dos a dos  
esta amorosa batalla.  
Terciad por mí, don García,  
con Leonor; que mi palabra  
os doy de hacer cuanto pueda  
porque os dé la mano Clara.

GARCÍA:

Por la merced que me hacéis  
os beso, Marqués, las plantas  
y para servirla ofrezco  
cuanto pueda y cuanto valga;  
mas escuchad el intento  
y el fin para que os buscaba,  
y a la vuestra servirá  
de respuesta mi demanda.  
Cierto caballero noble,  
que la deidad idolatra  
de Leonor, y a dulces bodas  
anima sus esperanzas;  
teniendo ciertos indicios  
de vuestra amorosa llama,  
temeroso justamente  
de competencia tan alta,  
por mí os suplica, Marqués,  
que la antigüedad le valga,  
y la honrosa pretensión,

pues de ser su esposo trata;  
supuesto que aunque Leonor  
tiene calidad tan clara,  
por ser escudera y pobre,  
vos no querréis levantarla  
al tálamo suntuoso  
que más feliz dueño aguarda,  
y con ilícitos fines  
debéis de solicitarla.  
Éste es el caso, Marqués;  
y yo le di la palabra  
de ayudarle. Noble soy.  
Mirad si puedo quebrarla.  
Serviros es imposible;  
engañaros vil hazaña.  
Esto os respondo; que vos  
respondáis es lo que falta.

MARQUÉS:

¿Puede saberse quién es  
ese amante?

GARCÍA:

La palabra  
del secreto me pidió.

MARQUÉS:

Si se la distes, guardadla.

GARCÍA:

¿Qué respondéis?

MARQUÉS:

Desistir  
de intenciones declaradas  
no pienso que suele dar  
a los nobles alabanza,  
y más cuando quien lo pide  
encubre de mí la cara,  
con que ni a la cortesía  
ni a la amistad debo nada.  
Alegarme antigüedad  
para obligarme, no basta;  
porque esa en la posesión  
vale, mas no en la esperanza;  
porque ajenas pretensiones

con razón puede estorbarlas,  
no el que primero pretende,  
mas el que primero alcanza.  
Decir que el querrer casarse  
hace justa su demanda,  
porque yo a ilícitos fines  
debo de solicitarla,  
ése es mucho adivinar.  
Y a doña Leonor agravia  
quien piense que yo no debo  
para mi esposa estimarla.

GARCÍA:  
¿Qué decís?

MARQUÉS:  
Será mi esposa;  
y lo fuera, si gozara,  
como un título poseo,  
de la corona de España.

GARCÍA:  
(Perdido soy.) *Aparte*

MARQUÉS:  
Don García,  
de colores la mudanza  
en vuestra cara, denota  
turbaciones en el alma.  
Parece que hacen en vos  
sentimientos mis palabras,  
mayores que los que suelen  
obrar las ajenas causas.

GARCÍA:  
Marqués, las causas ajenas,  
el que es noble, o no se encarga  
de ellas, o tiene por propia  
su ventura o su desgracia.

MARQUÉS:  
Correspondéis a quien sois;  
mas pues las partes contrarias  
hacéis con doña Leonor;  
y son ella y doña Clara  
mis deudas; y sois galán,

y ellas dos hermosas damas,  
con que pueden ofender  
vuestras visitas su fama;  
desde este momento son  
los umbrales de su casa  
vedados a vuestros pies,  
y a los ojos las ventanas.

GARCÍA:

Doña Clara es viuda, y es  
señora de sí, y se trata  
casamiento entre los dos.

MARQUÉS:

Tratadlo sin visitarla.

GARCÍA:

No sois deuda tan cercano  
vos, que os obligue su guarda.

MARQUÉS:

A todos toca el remedio;  
que a todos toca la infamia,  
y son padres de sus deudos  
los señores de las casas.  
Pero cuando no, advertid  
que ya lo he intentado, y basta  
para empeñarme y correr  
por mi cuenta la venganza.

GARCÍA: Habéis de advertir, Marqués,  
que si sois marqués, soy Lara,  
que como yo tenéis vida,  
y yo como vos espada.

Vanse

### ACTO TERCERO

Sale don FÉLIX, teniendo a don GARCÍA

GARCÍA:

Soltad.

FÉLIX:

No iréis, vive Dios.

GARCÍA:

¿He de mostrar cobardía  
al Marqués?

FÉLIX:

Yo, don García,  
tengo de morir con vos;  
mas si el fin de resolveros  
es no perder la beldad  
de Leonor, ¿no es necedad  
perdella más con perderos?

GARCÍA:

¿Indicios de cobardía,  
siendo quien soy, he de dar?

FÉLIX:

Esto no es sino guiar  
bien las cosas, don García.  
Tracemos cómo Leonor  
dé efecto a vuestra esperanza;  
que ésa es la mayor venganza  
y el verdadero valor;  
pues si su bien le quitáis,  
dos fines conseguiréis.  
Mostrar que no lo teméis,  
y gozar de quien amáis.  
El que llevare a Leonor,  
ése vence. En eso topa  
porque el que guarda la ropa,  
sólo es el buen nadador.

GARCÍA:

En vano buscáis remedios;  
que el venirnos a encontrar  
es fuerza, si he de pasar  
a los fines por los medios.  
Sin visitarla, sin verla,  
sin servilla y sin hablarla,  
¿cómo puedo yo obligarla?  
¿Cómo llegar a vencerla?

FÉLIX:



¿No tenéis amigos fieles?  
¿No hay mensajeros discretos?  
¿No hay medianeros secretos?  
¿No hay recados? ¿No hay papeles?  
¿No hay disfraces? ¿No hay espías?  
¿No hay noches? ¿No hay a deshora  
hablar a vuestra señora,  
sin temáticas porfías?  
Buscar el inconveniente  
es notorio desvarío.  
En el más pequeño río  
no hay vado como la puente.  
El Marqués es poderoso;  
vos no, aunque tan caballero.  
De vuestro valiente acero  
confieso el valor fatnoso;  
y era ofensa declarada  
el quereros impedir,  
si fuera cierto el reñir  
cuerpo a cuerpo en la estacada.  
No digo yo que ha de hacer  
el Marqués superchería,  
ni es razón; pero podría  
querer usar del poder;  
que puede al fin un señor,  
desvanecido en su alteza,  
dar título de grandeza  
a lo que ha sido temor.  
Y aunque es fuerza confesaros  
que vuestra nobleza es  
tal, que no puede el Marqués  
con razón supeditaros;  
lo que en estado os excede  
y os aventaja en hacienda,  
basta para que pretenda  
darnos a entender que puede.  
Y así arrojaros es loca  
intención, mientras no es tanta  
el agua, que a la garganta  
pida paso por la boca.  
Si no podéis de otro modo  
con Leonor comunicaros,  
ahí será el determinaros  
y el aventurarlo todo.

GARCÍA:

En tanto que la honra mía  
no peligre, seguiré  
vuestro consejo.

FÉLIX:  
A mi fe  
fiad vuestro honor, García.

GARCÍA:  
Trazad pues cómo a Leonor  
pueda yo ver.

FÉLIX:  
¿Un papel  
no os escribió?

GARCÍA:  
Sí.

FÉLIX:  
Y en él,  
¿qué estado muestra su amor?

GARCÍA:  
Satisfacciones me envía.

Dale un papel

Leedlo, con advertencia  
de que lo escribió en presencia  
de doña Clara su tía.

Lee

FÉLIX:  
"Mucho siento verme con vuestra  
merced tan mal acreditada, que  
no basten satisfacciones mías  
a celos mal fundados. Aseguróle  
que si le engañara, le desengañara.  
Mi tía es y ha de ser de vuestra  
merced, y remite la prueba de sus  
verdades a las obras. Y si con  
esto prosigue vuestra merced su  
enojo, será cierto que no se  
retira por celar, sino que cela

por retirarse. Y me holgara de verlo, para decirle muchas más verdades sin rebozo."

GARCÍA:

Esa palabra declara  
que cuanto me escribe aquí,  
lo dice Leonor por sí,  
hablando de doña Clara,  
conforme a la oculta seña  
entre los dos concertada.

FÉLIX:

De esa suerte declarada,  
resolución os enseña,  
pues dice que es y ha de ser  
vuestra.

GARCÍA:

Sí.

FÉLIX:

Discretamente  
sabe decir lo que siente.

GARCÍA:

Agudeza fue poner  
En el billete la seña,  
sin desdecir la razón.

FÉLIX:

Hermosura y discreción  
ablandarán una peña.

GARCÍA:

Esto supuesto, ¿qué haré?

FÉLIX:

¿Qué falta, si ya Leonor  
ha declarado su amor,  
sino que la mano os dé?

GARCÍA:

¿Eso que no es nada?

FÉLIX:

Pues  
si ella está ya declarada,  
ejecutarlo no es nada.

GARCÍA:  
¡Ay don Félix! Lo más es;  
que en cosas tan de importancia,  
desde la resolución  
a la misma ejecución,  
es muy grande la distancia;  
y más en una mujer  
niña, doncella y honrada,  
encogida y recatada,  
a quien se le han de ofrecer  
inmensos inconvenientes  
con pensar que desafía  
la enemistad de su tía  
y el murmurar de las gentes.  
Y aumenta el temor crüel  
ver que no se resolvió  
cuando ocasión se ofreció,  
a recibir un papel.

FÉLIX:  
Yo no os lo puedo negar;  
mas también se ha de entender  
que no hay de decir a hacer  
más de un grado que pasar.  
Ella ha dicho ya de sí.  
Demos a la ejecución  
tiempo, lugar y ocasión,  
y probaremos así  
las veras con que se abrasa.

GARCÍA:  
Muy bien decís.

FÉLIX:  
Yo daré  
una traza, con que esté  
sola con vos en su casa,  
porque se ausente con vos,  
si su palabra desea  
cumplir, sin que el Marqués vea  
a ninguno de los dos.

GARCÍA:

Ya de vos la vida espero.

FÉLIX:

En vuestro bien está el mío;  
(Pues de esa suerte confío *Aparte*  
alcanzar a la que quiero.)  
En vuestra casa esperad  
hasta que os avise.

GARCÍA:

Voy.

FÉLIX:

La prueba habéis de ver hoy  
de mi ingenio y mi amistad.

Vanse. Salen doña LEONOR y  
MENCÍA

MENCÍA:

Determinarte procura,  
o ser feliz desconfía;  
que nunca la cobardía  
dio abrazos a la ventura.

LEONOR:

No sé cómo es la pasión  
de que fatigar me veo,  
que me animo en el deseo,  
y tiemblo en la ejecución.  
Siéntome abrasar por él,  
y cuando lo veo, siento  
que aún no tuvo atrevimiento  
de recibir un papel.

MENCÍA:

Eso me tiene admirada.  
Si dijiste a don García.  
"Digo que os quiere mi tía,"  
con la seña concertada,  
que es decirle que lo quieres,  
¿cómo tan cobarde estás  
en lo demás, sí es lo más  
declararse en las mujeres?

LEONOR:

Como las palabras son  
tan ligeras, las envía  
muy fácilmente, Mencía,  
a la boca el corazón;  
y más cuando no el intento  
pronunciaron declaradas;  
que les dio, el ir rebozadas  
del engaño, atrevimiento.  
"Digo que os quiere mi tía,"  
dije; y pienso que si fuera  
menester que le dijera,  
"Yo os quiero," no lo diría.  
Y no debes, siendo así,  
admirar por cosa nueva  
que a ejecutar no me atreva,  
aunque a decir me atreví.  
Mil veces ya me arrojaba  
a recibir el papel,  
y tantas la mano de él  
casi abierta retiraba.  
Ya del mismo portador  
la vergüenza me oprimía;  
ya de que alguien lo vería  
me refrenaba el temor.  
¿Pues qué, cuando el alma piensa  
del pueblo las opiniones,  
de los deudos los baldones,  
de doña Clara la ofensa?  
Allí es Troya. Allí el temor  
corta a la esperanza el vuelo,  
y llueven montes de hielo  
sobre las llamas de amor.

MENCÍA:

Que lo olvides me holgaré;  
que pienso que más ventura  
guarda el cielo a tu hermosura.

LEONOR:

¿Por qué lo dices?

MENCÍA:

La fe  
con que en amarte porfía  
el Marqués, me hace esperar,

señora, que has de pasar  
de merced a señoría.

LEONOR:  
¡Qué locura!

MENCÍA:  
La locura  
es, siendo igual la nobleza,  
entender que su grandeza  
es digna de tu hermosura.

LEONOR:  
En el príncipe más loco,  
los impulsos de afición  
centellas de rayo son.  
Arden mucho y duran poco.  
Y del Marqués, ni yo creo,  
ni aunque él lo diga, imagines  
que a justos y honestos fines  
encamine su deseo.

MENCÍA:  
Si Figueroa porfía  
que lleva puesta la proa  
en eso...

LEONOR:  
¿De Figueroa  
haces tú caso, Mencía?

MENCÍA:  
Hace libros.

LEONOR:  
El papel  
echa a mal.

MENCÍA:  
Pues por mil modos  
dice en ellos mal de todos.

LEONOR:  
Y todos de ellos y de él.

MENCÍA:

Pues él viene confiado...  
Mas la que viene es tu tía.

Sale doña CLARA

CLARA:  
Déjanos solas, Mencía.

MENCÍA:  
(Entra en consejo de estado.) *Aparte*

Vase

CLARA:  
Leonor, bien pienso que sabes  
quién eres.

LEONOR:  
Bien sé que fueron  
Toledos y Figueroas  
blasones de mis abuelos.

CLARA:  
Las muchas obligaciones  
entenderás, según eso,  
que con la sangre heredaste  
de tus pasados.

LEONOR:  
Si entiendo.

CLARA:  
Bien conocerás, sobrina,  
con cuánto amor te deseo  
buena fama y buena suerte.

LEONOR:  
Sí conozco, y agradezco.

CLARA:  
Luego bien creerás que puedes  
fiar de mí tus secretos.

LEONOR:  
Confiada estoy que en ti  
es más la amistad que el deudo.



CLARA:

Pues no me niegues, amiga,  
lo que preguntarte quiero,  
si es que miras por tu honor,  
y fías que haré lo mismo.

LEONOR:

Deja tantas prevenciones,  
y declárate. (¿Qué es esto? *Aparte*  
¿Si ha entendido sus agravios?)

CLARA:

No me espantaré que haciendo  
siempre el Amor su morada  
en los juveniles pechos,  
en tus años florecientes  
haya prendido su fuego.  
No por cierto; que también  
soy yo mujer, y amor tengo.  
Dime pues, ¿qué lugar tienen  
en tu afición los deseos  
del Marqués?

LEONOR:

(¡Gracias a Dios, *Aparte*  
que habemos llegado al puerto!)

CLARA:

Di: ¿qué esperanzas le has dado,  
o qué favores le has hecho?  
Y él contigo ¿qué fin lleva?  
¿Qué designios o qué intentos  
significan sus palabras  
y pronostican sus hechos?  
Háblame claro, sobrina;  
que te va el honor en ello.

LEONOR:

Hay tan poco que decir,  
que no haré nada en hacello.  
Él dice que me pretende  
para esposa; no lo creo;  
y ni favor ni esperanza  
le he dado. No hay más en esto.

CLARA:

Pues, sobrina de mis ojos,  
mira por tus pensamientos;  
que se obligan esperando,  
y se cautivan creyendo.  
Dase un reino a un rey extraño  
con que le guarde sus fueros;  
después que de él se apodera,  
¿quién podrá obligarle a ello?  
Prometiendo matrimonio  
entra el amor en el pecho,  
y aunque después no lo cumpla,  
no hay para echarlo remedio.  
Piensa que el Marqués te engaña,  
y no lo querrás con eso;  
que el que engaña ofende, y causa  
la ofensa aborrecimiento.  
Piensa que en sangre le igualas,  
y aspira al tálamo honesto;  
que el estado y la fortuna  
no es ventaja entre los buenos.  
Si es verdadero amor,  
si casarse es su deseo,  
tu esquivanza y tu recato  
darán más fuerza a su fuego;  
y si engañarte pretende,  
pruebe el rigor de tu pecho.  
Darás lustre a tu nobleza  
y castigo a sus intentos.

LEONOR:

Aunque estimo tus avisos,  
casi corrida me siento  
sospechando que imaginas  
que yo necesito de ellos.  
¿Qué indicios has visto en mí  
de livianos pensamientos?  
Que nacen más que de amor  
tan cuidadosos consejos.

CLARA:

Ver que el Marqués multiplica  
diligencias y paseos,  
y examina tus criados  
de tus dichos y tus hechos,  
centinela de tu vida,

Argos de tus pensamientos;  
como te tengo a mi cargo,  
en tal cuidado me ha puesto.  
Y más viendo que eres ave  
tan poco experta en el vuelo,  
y en la región de la corte  
estrenas agora el viento.  
Que como pocos señores  
se ven en los otros pueblos,  
corren las recién venidas  
a la corte, mucho riesgo  
de pensar que es calidad  
que aumenta merecimientos,  
un amante señoría.

LEONOR:

Discretos son tus recelos,  
mas excusados conmigo.

CLARA:

Conozco tu entendimiento;  
pero nunca hicieron daño,  
aunque sobren, los consejos.

(Sale REDONDO, de mujer, rebozado)

CLARA:

Mas ¿quién es esta mujer?

(REDONDO da un papel a LEONOR sin decir palabra)

¡Hola! ¡Criados! ¿Qué es esto?

¿Billete le da a mis ojos?

¿Hay mayor atrevimiento?

¡Hola!

Sale MENCÍA

REDONDO:

Tente, no des voces.

Descúbrese

¿A una mujer tienes miedo?

CLARA:

¿Es Redondo?

REDONDO:  
Soy Redondo.

CLARA:  
¿Pues qué disfraces son éstos?

REDONDO:  
¡Ah, señora! Mucho mal.  
El mundo al revés se ha vuelto.

CLARA:  
¿Cómo, Redondo?

REDONDO:  
¿No ves  
que ya los hombres son hombres?

CLARA:  
Acaba, dime. ¿Por qué  
en ese traje te has puesto?

REDONDO:  
Porque el Marqués tu pariente  
no sepa que a hablarte vengo;  
porque sobre visitarte  
ha tenido con mi dueño  
palabras harto pesadas.

CLARA:  
Él está loco de celos.  
Mira el daño que el Marqués  
con pretenderle me ha hecho,  
pues que firme don García  
en el primer pensamiento  
de que soy el blanco yo  
a quien miran sus deseos,  
vino a encontrarse con él.

REDONDO:  
(¡Bien entendéis el enredo!) *Aparte*

CLARA:  
¿Y qué dice don García?

REDONDO:

Al pimpollo hermoso y tierno  
de gallegos Figueroas  
y castellanos Toledos  
paga en éste su papel,  
y a ti te pide que luego  
yomes, señora, la silla,  
y en el lugar más secreto  
de San Sebastián lo aguardes  
para contarte el suceso,  
y resolver de estas cosas  
el importante remedio.

CLARA:

¡Hola! ¡Apercibid los mozos

(Sale FIGUEROA)

de silla al punto. ¡Que en esto

Vase FIGUEROA

por ti, sobrina, me vea!

LEONOR:

Yo, tía, ¿qué culpa tengo?

CLARA:

En tanto que me dispongo  
para salir, ve leyendo.  
¡Hola!, el manto.

Vase MENCÍA. Abre el papel LEONOR

LEONOR:

(¿Si traerá *Aparte*  
contraseña este decreto?)

Lee

"El papel de vuesa merced puse  
descubierto sobre mi cabeza, y  
con la misma reverencia respondo..."

(Bien está: la seña trae.) *Aparte*

CLARA:  
¿Qué te detienes?

LEONOR:  
No acierto;  
que escribe mal don García.

REDONDO:  
Es propio de caballeros.

Lee

LEONOR:  
"Respondo que pues vuesa merced  
dice, sin rebozo, que su tía  
es y ha de ser mía, y no deseo  
otra cosa, he trazado como hoy  
se vea en la ejecución la verdad.  
Y advierto que si hoy falta la  
resolución, mañana faltará la  
ocasión. Y guarde nuestro Señor,  
etcétera."

CLARA:  
¿Cómo, si está satisfecho,  
celos al Marqués pidió?  
¿Y cómo, si siempre yo  
le di la mano y el pecho,  
duda mi resolución,  
y amenaza y desconfía?

REDONDO:  
El amor temores cría  
en la misma posesión.

Vuelve MENCÍA con el manto de su ama

MENCÍA:  
La silla está apercebida.

CLARA:  
Ve a avisar a tu señor  
que ya parto. Adiós, Leonor.

LEONOR:  
Prospera el cielo tu vida.

Doña LEONOR y REDONDO hablan aparte

REDONDO:

El cuerpo hurtaré a tu tía;  
que te importa mucho oírme.

LEONOR:

¿No te vas?

REDONDO:

El despedirme  
de un ángel me detenía.

Vanse doña CLARA, MENCÍA y REDONDO

LEONOR:

Tómalo entre el manjar y la bebida,  
en vano sigue el fruto que cercano  
el labio toca hambriento, y sigue en vano  
el agua que a la sed huye y convida.  
Mas yo de mis deseos combatida,  
--¿Quién tal creyera?--en mal tan inhumano,  
yo misma ¡ay triste! la medrosa mano  
huyo del bien, al mismo bien asida.  
Si de la vida pretendéis privarme,  
temores y recatos, no es mi intento  
sino ver declarada la vitoria.  
Acabad de acabaros o acabarme;  
que bien sabrá morir en el tormento  
la que sabe privarse de la gloria.

Vase. Salen el MARQUÉS y OTAVIO

MARQUÉS:

Desde la tierna edad, Otavio, han sido  
un alma nuestras almas, e igualmente  
la amistad con los años ha crecido.  
Yo pienso que sacárades, ausente  
de mí, en defensa de mi honor la espada.

OTAVIO:

Hasta rendir la vida el pecho ardiente.

MARQUÉS:

Pues ya es, amigo, la ocasión llegada,

en que la fe de vuestro hidalgo pecho  
a tantas pruebas la mayor añada.

OTAVIO:

Corrido estoy, por Dios, de que hayáis hecho  
para mandarme, tales prevenciones.

MARQUÉS:

Yo estoy de vuestras veras satisfecho;  
mas es justo en tan grandes ocasiones  
el fuego en las cenizas sosegado  
despertar, y acordar obligaciones.  
Si hubiera de pedir os que a mi lado  
saliérades al campo a un desafío,  
venid, solo os dijera, confiado;  
mas no sin causa agora desconfía,  
cuando duro fiscal pretendo hacer os  
de ajeno honor, por conservar el mío;  
que pienso que los nobles caballeros  
sólo por no tocar en honra ajena,  
pueden romper de la amistad los fueros.

OTAVIO:

No llame dura la más dura pena  
quien con lengua insolente y atrevida  
la ajena fama y opinión condena;  
mas si puede, Marqués, ser ofendida  
la vuestra del recato, es bien que sea  
en mí amistad a todas preferida.

MARQUÉS:

Sabed, pues, que el amor de suerte emplea  
su fuerza en mí, que ya en mi pensamiento  
no hay parte que su fuego no posea.  
Resuelto estoy a declarar mi intento  
hoy a Leonor, y con su blanca mano  
dar venturoso fin a mi tormento.  
Vos, que con ella el pueblo sevillano  
desde la cuna honrastes hasta el día  
que partistes al suelo cortesano;  
pues está en vuestra mano la honra mía,  
debajo de la llave del secreto,  
si de mi fe vuestra amistad lo fía,  
me decid si padece algún defeto  
la fama de Leonor, porque yo deba  
suspender de estas bodas el efeto.



Habladme claro, Otavio, sin que os mueva  
ni la afición ni el deudo que le tengo,  
a que en vos menos la verdad se atreva.  
No a vos amante, sino honrado vengo.  
Mi sentimiento temeréis en vano,  
pues para el desengaño me prevengo.  
Imitad al experto cirujano  
en quien para el remedio del doliente  
tiene el pecho piedad, crueldad la mano.  
Sólo de vuestra lengua está pendiente  
que yo ejecute mi intención, Otavio,  
o que reprima la pasión ardiente.  
Moved resuelto el oficioso labio,  
advirtiendo que pongo, ¡oh caro amigo!  
mi honor en vuestros hombros o mi agravio.

OTAVIO:

Lo que os dije otras veces, que conmigo  
comunicastes este mismo intento,  
por verdad infalible agora os digo.  
Creed que a no ser esto lo que siento,  
la centella al principio os apagara,  
antes que os obrasase el pensamiento;  
el oculto peñasco os enseñara  
sin ser de vos, Marqués, examinado,  
y el timón en las manos, os dejara;  
que aunque sólo ha de darse demandado  
el consejo, entre amigos el aviso  
se ha de dar, sin pedirlo, al descuidado.  
En cuantas tierras vio de Cipariso  
el claro amante, y la purpúrea diosa  
que el viejo esposo tan en vano quiso,  
Nunca opinión más clara, o más honrosa  
fama alcanzó doncella, que en Sevilla  
la tuvo siempre vuestra prenda hermosa.  
Gozad feliz la octava maravilla  
de virtud, de prudencia y hermosura,  
del mundo asombro y honra de Castilla.

MARQUÉS:

Mi honor con eso, Otavio, se asegura,  
y mi amor se resuelve.

OTAVIO:

El cielo mide  
con su merecimiento su ventura.

Sale RICARDO

RICARDO:

Mi cuidado, señor, albricias pide.  
En la silla salió la guardadora  
Vigilante del bien, que ver te impide.  
Sola queda Leonor.

MARQUÉS:

Aunque ya agora,  
resuelto a ser su esposo, se holgaría  
Clara, los hurtos ama quien adora.  
A solas quiero ver la gloria mía.

OTAVIO:

Bien decís; que vencer la resistencia  
aumenta a los amantes la alegría,  
y minora los gustos la licencia.

Vanse. Salen LEONOR y REDONDO

LEONOR:

Presto volviste.

REDONDO:

Escondime  
en un zaguán, y en pasando  
doña Clara, vine al punto  
a prevenirte del caso.

LEONOR:

Habla pues; que estoy confusa.

REDONDO:

Celoso y determinado  
mi dueño, al Marqués buscó,  
que es tu amante y su contrario;  
y fingiendo que un su amigo  
solicitaba tu mano,  
le pidió que desistiese  
del intento comenzado.  
No se conformó el Marqués;  
antes juzgó por agravio  
la demanda, y con disgusto  
al fin los dos se apartaron.

Pues como el Marqués prosigue  
atrevido y confiado  
en publicar, tan a riesgo  
de tu opinión, sus cuidados;  
mi señor, por evitar  
los escandalosos daños  
que en tu fama sucedieran,  
si por ti riñesen ambos;  
para entrar secreto a verte,  
él y don Félix trazaron  
sacar de aquí a doña Clara.  
Don Félix la está esperando  
en San Sebastián; y oculto  
ocupa un zaguán cercano  
mi señor, para meterse,  
por cohecho o por engaño,  
en la silla de tu tía,  
y venir a verte, en tanto  
que ella en la Iglesia le está  
con don Félix aguardando.  
Éste es el caso, y el punto  
éste en que viene mi amo  
por la calle en la litera  
de dos racionales machos.  
Apercibe pues, señora,  
resolución para el caso.  
No se pase la ocasión,  
que tiene el cerebro calvo.

LEONOR:  
¡Ay de mí!

REDONDO:  
¿De qué te afliges?

LEONOR:  
A un punto me hielo y ardo,

REDONDO:  
Pasos siento. Éste es sin duda  
mi señor.

LEONOR:  
Mil sobresaltos  
me cercan.

Sale MENCÍA

MENCÍA:

En este punto  
el Marqués en casa ha entrado.

REDONDO:

¿El Marqués? ¡Cuerpo de Cristo!

LEONOR:

Ponte presto, ponte el manto.

REDONDO:

Despáchalo presto. Mira  
que ya llegará mi amo,  
y si se encuentran los dos,  
es forzoso un gran fracaso.

LEONOR:

Vele a avisar.

REDONDO:

Dices bien.

LEONOR:

Di que se detenga un rato;  
que al punto al Marqués despide.

REDONDO:

Yo voy; mas voy recelando  
que intentamos detenerlo  
con lo que ha de apresurarlo.

Vase. Salen el MARQUÉS y RICARDO

MARQUÉS:

Bella Leonor...

LEONOR:

Razón fuera,  
si supo vueseñoría  
que no está en casa mi tía,  
que este pesar no le diera;  
y si no lo supo, ya  
que lo sabe, será justo  
que a mí me evite el disgusto

que ella conmigo tendrá,  
pues ha de pensar que es mía  
la culpa de esta ocasión.

MARQUÉS:

Si escucháis una razón...

LEONOR:

Sírvase vueseñoría  
de perdonarme, y difiera  
lo que quiere hablar por hoy;  
y no se espante si soy,  
de recatada, grosera.

MARQUÉS:

A pedir favor he entrado,  
y he de porfiar, Leonor;  
que un mendigo de favor  
bien puede ser porfiado.  
Despedirme, confesáis,  
señora, que es grosería;  
y yo confieso la mía  
de no hacer lo que mandáis.  
Una por otra, Leonor,  
se vaya. Igual es el trato;  
pues si os obliga el recato,  
a mí me obliga el amor.

LEONOR:

Amarme ¿es darme pesar?

MENCÍA:

Déjale por Dios decir,  
y gasta el tiempo en oír,  
que gastas en porfiar.

LEONOR:

Decid pues, con que abreviéis.

MARQUÉS:

Sólo digo que os ofrezco  
esta mano, si merezco  
que la de esposa me deis.

LEONOR:

Qué decís!

MARQUÉS:

No digo más;  
que obedeceros deseo,  
y en esto que he dicho, creo  
que se encierra lo demás.  
¿Qué dudáis? ¿No respondéis?

LEONOR:

Señor Marqués, no os espante  
en caso tan importante  
esta suspensión que veis;  
que no sin causa al deseo  
que me proponéis resisto,  
pues por los medios que he visto,  
dudo los fines que veo.  
Porque si vuestra intención  
era levantar mi mano  
al tálamo soberano  
de vuestra dichosa unión,  
¿de qué sirvió tanta espía,  
con recato y diligencia,  
para tratarlo en ausencia  
de mi cuidadosa tía,  
siendo negocio tan llano,  
que para este intento fuera  
ella la mejor tercera,  
viendo lo mucho que gano?  
Por esta razón no creo  
la dicha que me sucede,  
y lo que presumo puede  
más en mí que lo que veo.

MARQUÉS:

Recelos fueran discretos,  
justas presunciones ésas,  
si fuesen estas promesas  
y no presentes efectos.  
Si os doy mano de marido,  
¿qué teméis? ¿Qué receláis  
cuando la verdad tocáis?  
si porque os he pretendido  
como galán, os advierto  
que fue por gozar favor,  
alcanzado por amor  
primero que por concierto;

que no porque mi deseo  
no fuese, desde que os vi,  
saros posesión de mí  
en pacífico himeneo.  
Cesen pues ya las crueldades  
que causó el recelo vano,  
pues que con daros la mano  
averiguo estas verdades.

LEONOR:

Puesto que las acredito  
con agradecido pecho,  
no deis a tan justo hecho  
circunstancias de delito.  
Con doña Clara mi tía  
tratad estas intenciones,  
porque las justas acciones  
no huyen la luz del día.

MARQUÉS:

Al punto a buscarla iré;  
que demás de ser tan justo,  
los delitos de tu gusto  
son las leyes de mi fe.  
Pero tú, señora mía,  
será bien que un sí me des.

MENCÍA:

Bien dice.

LEONOR:

Digo, Marqués,  
que lo tratéis con mi tía.

MARQUÉS:

Sepa yo tu voluntad,  
di que sí, mi bien, si quieres.

LEONOR:

No dicen más las mujeres  
de mí estado y calidad.  
y con esto, idos con Dios.  
No demos qué murmurar,  
si algún vecino os vio entrar.

MARQUÉS:

Mi honor es el de los dos;  
pero, mi bien, por venir  
más presto al bien soberano  
de tocar tu blanca mano,  
más presto quiero partir.  
¿Dónde hallaré a doña Clara?

RICARDO:  
Que en San Sebastián quedó,  
ha dicho quien la siguió.

MARQUÉS:  
Pues adiós, mi prenda cara.

RICARDO:  
La silla es ésta, señor,  
de doña Clara.

Salen dos MOZOS, trayendo una silla de manos, y en  
ella a GARCÍA, oculto

MARQUÉS:  
Si viene  
en ella, cuidado tiene  
mi fortuna de mi amor.

LEONOR:  
(¡La silla! ¡Ay triste! Mencía, *Aparte*  
¡Qué gran mal! Perdida quedo.)

MENCÍA:  
(Yo lo estorbaré, si puedo.) *Aparte*

Llégase MENCÍA a la silla, y mírala

La silla viene vacía.  
¿Y señora?

MOZO:  
Quedó en misa  
En San Sebastián.

MARQUÉS:  
¿Qué aguardo?  
Lleguen el coche, Ricardo,  
y a San Sebastián aprisa.



Vanse el MARQUÉS, RICARDO y los MOZOS

MENCÍA:

Qué bien se ha hecho!

LEONOR:

Los cielos

guardaron mi honor, Mencía.

MENCÍA: Entre agora don García,  
y haga su papel de celos.

Sale don GARCÍA de la silla

GARCÍA:

Decidme, Leonor hermosa,

¿A que tan aprisa van

Los dos a San Sebastián?

LEONOR:

A pedirme por esposa

va el Marqués a doña Clara.

GARCÍA:

¿Qué decís?

LEONOR:

Que fuera justo

que un sobresalto y disgusto

tan grande se me excusara,

Pues envié a suplicaros

con Redondo que un momento

os detuviéades.

GARCÍA:

Siento

en el alma el disgustaros;

pero viendo, dueño hermoso,

que se tardaba el Marqués,

no pude más. Yerro es

de enamorado y celoso.

Mas pues sólo ha sucedido

el peligro y no el fracaso,

de lo importante del caso

tratemos, dueño querido.

El plazo veis limitado,

y veis la ocasión forzosa.  
Cumplidme, Leonor hermosa,  
la palabra que habéis dado.  
Dadme la mano, y entrad  
en esa silla, señora.  
¿Agora dudáis? ¿Agora  
os detenéis?

LEONOR:  
Perdonad;  
que ya perdió de alcanzarme  
la ocasión vuestro cuidado.

GARCÍA:  
¿Cómo, crüel, te has mudado  
tan presto?

LEONOR:  
Por mejorarme.

MENCÍA:  
(Diole con su misma flor.) *Aparte*

GARCÍA:  
¿No bastará desdeñarme,  
ingrata, sino agraviarme,  
haciendo al Marqués mejor?

LEONOR:  
¿Negaréis la mejoría,  
aunque en sangre sois igual,  
de poco a mucho caudal,  
de merced a señoría?

GARCÍA:  
No la niego; ¿mas qué efeto  
a tu promesa le has dado,  
tirana, si la has mudado  
en mejorando el sujeto?  
¿Qué palabra me guardabas,  
o qué firmeza tenías,  
si a mí sólo me querías  
mientras no te mejorabas?  
Firme es sola quien desprecia  
la ocasión de mejoría.

LEONOR:

Yo os confieso, don García,  
que ésa es firme; pero es necia.

MENCÍA:

La misma flor. *Aparte*

GARCÍA:

Mi esperanza  
vive y muere en tu belleza.  
Galardona mi fineza,  
no castigues mi mudanza,  
no engañes la confianza  
que en ese cielo tenía.

LEONOR:

No imaginéis, don García,  
que cuando estas cosas digo,  
vuestras mudanzas castigo;  
antes disculpo la mía.  
Dos años fuistes amante  
de doña Clara, y por mí  
dos años de amor os vi  
olvidar en un instante.  
Según esto, no os espante  
si hoy por el Marqués olvido  
vuestro amor, de ayer nacido;  
pues debéis considerar  
cuán fácil es de apagar  
centella que no ha prendido.  
Demás que yo, don García,  
tengo causas más urgentes;  
que en vos miro inconvenientes,  
si en el Marqués mejoría.  
Amante sois de mi tía,  
mal hice en daros favor.  
y mudarme no es error,  
antes digno de alabanza;  
que es mérito la mudanza  
cuando es delito el amor.

GARCÍA:

¿Que tal escucho?

LEONOR:

Ésta es

mi resolución. Con esto  
idos con Dios. Idos presto.  
Mirad que vendrá el Marqués.

GARCÍA:

¡Plega a Dios que no le des  
la mano hermosa que a mí  
me quitas, y antes que aquí  
venga a cumplir tu esperanza,  
llores en él la mudanza  
que llores, enemiga, en ti!  
¡Plega a Dios que antes de verte  
con el dichoso que esperas,  
mudes intención, y quieras  
en mi favor resolverte!  
¿Por qué gustas de mi muerte?  
¿Por qué das muerte a tu gusto?  
Mira, mi bien, que no es justo,  
si me tienes afición,  
a precio de la ambición  
comprar eterno disgusto.  
Tu mismo mal te lastime,  
que un esposo te dispone  
desigual, que te baldone,  
y no un igual que te estime.  
La ciega ambición te oprime,  
con un título engañada.  
¿Y no adviertes que casada  
con quien tu amor no quería,  
te llamará señoría,  
pero serás desdichada?  
Doy que él de ti sea querido;  
luego hará como señor.  
Título tendrás, Leonor;  
pero no tendrás marido.  
Tendrá lecho dividido,  
verá pocas auroras  
tu casa, o tan a deshoras  
vendrá a acostarse tu dueño,  
que necesidad de sueño  
te tiranice las horas.

Sale REDONDO

REDONDO:

¿Aquí estás, señor? Repara

en que de San Sebastián  
salieron, y llegarán  
ya el Marqués y doña Clara.

LEONOR:  
Vete por dios.

GARCÍA:  
Prenda cara,  
aún hay plazo en que me des  
la vida.

LEONOR:  
¿Un mundo no ves  
de inconvenientes?

GARCÍA:  
Señora,  
véncelos por quien te adora.

LEONOR:  
También me adora el Marqués.

GARCÍA:  
¡Ah crüel!

LEONOR:  
Vete, por Dios.  
Noble eres, ten cortesía.  
No lo perdamos, García,  
todo de una vez los dos.

REDONDO:  
Coche paró; ya han venido.  
Escondámonos, señor.

LEONOR:  
¡Ay de mí!

GARCÍA:  
Pierda, Leonor,  
la vida quien te ha perdido.

LEONOR:  
Hacerme un mal tan extraño  
ni es amor, ni es cortesía.

GARCÍA:

Lara soy, tirana. Fía  
que yo remedie tu daño.  
Tú mudaste voluntad;  
mas no yo naturaleza.

LEONOR:

Es prueba de tu nobleza.

Salen doña CLARA, el MARQUÉS y don FÉLIX

MARQUÉS:

¿Es don García?

GARCÍA:

Escuchad.

A San Sebastián partía  
a verme con doña Clara;  
topóme antes que llegara  
quien me dijo que salía  
ya de la iglesia con vos;  
que a dar estado dichoso  
a Leonor con tal esposo  
veníades juntos los dos.  
Dime priesa; que el primero  
quise ser al parabién,  
ya que para tanto bien  
no he servido de tercero;  
y porque en un mismo día,  
para fiesta más dichosa,  
vos recibáis por esposa  
a Leonor, y yo a su tía.

MARQUÉS:

La merced os agradezco,  
ya doña Clara le doy  
el parabién.

CLARA:

Cuanto soy  
a vuestro servicio ofrezco.

MARQUÉS:

Dadle la mano, García,  
pues yo a Leonor se la doy.

CLARA:  
Da la mano.

Danse las manos

LEONOR:  
Vuestra soy.

GARCÍA:  
(Perdí la esperanza mía. *Aparte*  
¿Qué remedio? Corazón,  
a quien os ama estimad.)  
Vuestro soy.

Danse las manos

CLARA:  
Mi voluntad  
premia vuestra estimación.

FÉLIX:  
(Agora, tristes cuidados, *Aparte*  
empezáis cuando acabáis.)  
Por muchos años tengáis  
gustos de recién casados.  
Y aquí, senado, el autor  
fin a la comedia da,  
porque si os cansa, estará  
en darle fin lo mejor.

FIN DE LA COMEDIA